

BOLSILBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

un verdugo en Nueva York

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

**UN VERDUGO
EN NUEVA YORK**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 541
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 31.500 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: setiembre, 1972

© SILVE KANE, 1972
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.281. — No dispaes, Ketty Loy.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.143. — El espía que llegó del Sol.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

973. — Cara Dura City.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

607. — La muerte llegó del Sur.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

538. — Muerte para la muñeca rubia.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

139. — La lejana voz del «Colt».

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

—Va a salir Kroner.

El rumor había circulado por todos los garitos cercanos al río Harlem, en la zona negra de la ciudad.

—Muchachos, sueltan a Kroner.

La vos había corrido por algunos clubs elegantes del East End, donde se exhibían las piernas más cotizadas de los Estados Unidos.

—Kroner sale mañana.

La noticia ya era algo que se masticaba, algo que estaba en todos los ambientes turbios de Nueva York. «Kroner en libertad...». Eso significaba que muchas cosas iban a cambiar y que muchos hombres harían, en contra de su voluntad, un viaje de turismo al cementerio.

El inspector jefe Barklay entró en su oficina de la Brigada Antidrogas, escupió contra una de las paredes, se subió los pantalones que se le caían, tropezó con una silla, se acordó de la madre del que la había puesto allí y se dejó caer en su sillón rotatorio, detrás de la mesa. Pero se sentó con tan mala fortuna que por poco se tuerce un tobillo y se le rompe la bragueta.

Barbotó:

—¡Infiernos! ¡Esto huele a perro policía!

Todos los miembros del grupo, que estaban jugando a los naipes se volvieron hacia él. En todo caso el que olía a perro policía era Barklay, quien no se había quitado la ropa en una semana entera. Barklay depositó la pistola sobre la mesa, dándole un manotazo, y la pistola se disparó.

La bala alcanzó en el depósito del agua filtrada.

Un chorrito empezó a manar sobre las baldosas llenas de colillas.

—Hace ya tiempo que esta pistola funciona mal —gruñó Barklay—. La otra noche se me disparó en un urinario público y no queráis saber la que se armó. Además, era un urinario público de éstos en que se reúnen todos los invertidos del West Side. ¿Pero de qué estoy

hablando? ¡Maldita sea! ¡Vosotros ahí, jugando a las cartas como unos memos, cuánto toda la ciudad está llena del mismo rumor! ¡Va a salir Kroner!

Los agentes del grupo seguían mirándole.

Uno de ellos estaba tan empapurrada de tabaco que parecía salirle el humo hasta por las orejas.

Masculló:

—Le de Kroner ya lo sabíamos, jefe. Esperábamos que usted viniera para aclararnos algo.

—¿Y qué tengo que aclararos yo, perros hambrientos? ¿No sabéis quién es Kroner? ¿Ninguno de vosotros ha trabajado en Los Ángeles?

—Usted sabe perfectamente que siempre nos hemos movido en la costa del Atlántico, jefe. Pero usted sí que ha hecho un viaje a Los Ángeles al enterarse de que salía Kroner. Ha hecho un viaje relámpago de ida y vuelta.

Barklay se relajó.

Depositó sobre la mesa una fotografía, al lado de la pistola que acababa de dispararse.

—Vosotros sabéis que Kroner dirigía todo el tráfico de drogas en la costa del Pacífico —murmuró—. Cuartel general: Los Ángeles. Tenía una villa cerca de Beverly Hills, en la zona de Hollywood, a la que no se acercaba nadie. Kroner era una especie de Howard Hughes, el millonario recluido en Las Vegas. Dirigía su imperio sin enseñar la cara a nadie.

Los agentes del grupo habían ido dejando sus naipes y se acercaban lentamente a Barklay.

Uno de ellos susurró:

—Eso ya lo sabíamos, jefe. Y, cuando fue detenido en Nueva York, porque iba a ampliar su imperio aquí, nunca se dejó retratar. Cuando la policía le llevaba de un sitio a otro, se echaba alguna prenda encima de la cabeza. Durante el juicio tampoco se permitió la entrada a los fotógrafos, de modo que las únicas imágenes que han publicado los periódicos han sido fotos de archivo, tomadas hace años. Hasta hay quien dice que Kroner esconde la cara porque la tiene deshecha.

Barklay masculló:

—Narices.

Y señaló la fotografía que acababa de depositar sobre mesa. Era la de un hombre joven, fuerte, un verdadero atleta que tenía aspecto de haber vivido muy bien..., pero que llevaba uniforme de presidiario. La foto había sido tomada en una de las celdas de la penitenciaría de

Sing-Sing.

Los agentes del grupo supieron identificar inmediatamente porque conocían todos los detalles de aquella jaula.

—Ése es Kroner —masculló Barklay—. La última fotografía obtenida horas antes de que se le comunicara la orden de libertad. También existen las de la ficha dactiloscópica, tomadas hace cuatro años, pero ésta es de hace cuatro días. Quiero que os *empapurréis* bien de ella. Quiero que conozcáis esa cara mejor que el ombligo de vuestras queridas.

—¡Jefe! ¿De qué queridas habla, maldita sea? ¡El sueldo no da para tanto!

Barklay dejó que la foto pasara de mano en mano.

—He hecho el viaje a Los Ángeles para comprobar todos los datos —susurró—. No sólo esta fotografía es auténtica, sino que el ambiente está caldeado en la zona del Pacífico. Tanto que vais a tener que trabajar, cosa que no habéis hecho en vuestras malditas vidas.

—¿Qué pasa en la costa del Pacífico, jefe?

—¡Pasa que allí hay cada mujer de espanto! ¡Caderas como en la playa de Santa Mónica, no las he visto en ninguna parte! ¿Qué? ¿Queráis que hablemos de eso? ¿De tías? ¿Pero es que no leéis los informes, idiotas? Hay mucha distancia de aquí a Los Ángeles, pero no tanta como para no saber qué clase de imperio tenía allí Kroner. Todas las drogas que se distribuían en la parte occidental del país pasaban por sus manos. Pero, naturalmente, tenía unos enemigos mortales, unos competidores que hubiesen querido verle ardiendo en el fondo de una fosa: la Mafia.

—Sí —dijo uno de los agentes—. Kroner les había pisado el terreno en toda la costa del Pacífico.

—Pero nada podían contra él —dijo Barklay—, y, en cierto modo, los de la Mafia habían renunciado a luchar contra un pistolero de esa clase. Pero lo que no le perdonaron fue que intentara comerles el terreno también en la costa oriental. Cuando

Kroner se presentó en Nueva York, dispuesto a abrir nuevos mercados, los de la Mafia intentaron matarle una vez más. ¿Recordáis el tiroteo del aeropuerto Kennedy?

—Sí. Cinco muertos, todos ellos antiguos hijos de perra.

—Cuatro eran de la Mafia y otro un guardaespaldas de Kroner. Pero Kroner no tuvo ni un rasguño. ¿Qué hicieron entonces? En vista de que disparaba como una ametralladora, resolvieron emplear armas legales contra él. Fueron los mismos abogados de la Maña los que nos dieron las pruebas de que Kroner estaba a punto de financiar un importante cargamento de drogas, y así lo pescamos con las manos en la masa. Total: veinte años.

Uno de los agentes dio un rabioso manotazo a los naipes.

—¡Basura! ¿Sabe lo que hago, jefe? ¡Me limpio una cosa que yo sé con las sentencias de los jueces!

Barklay le miró pensativamente.

—Me parece muy bien, pero vas a necesitar una sentencia así de grande, macho.

El otro se calló tras dar un nuevo y rabioso manotazo a la pila de naipes.

—¡Maldito sea, Barklay!

El otro pliso los pies sobre la mesa.

—Ése no es asunto mío —dijo—, pero sospecho que Kroner va a salir por una cosa. No sólo por buena conducta. No, nada de eso. Me cisco yo en la buena conducta de los presos. Lo que ocurre es que la Mafia ha dominado de tal modo el mercado de drogas de Nueva York que la malla ya es imposible de atravesar. No podemos luchar contra ella.

—¿Y qué es lo que se pretende...?

—Con Kroner en libertad, los de la Mafia se lanzarán contra él igual que una manada de lobos hambrientos. No pueden consentir que su poderío resurja. Al menos veinte pistoleros profesionales van a correr tras sus huellas apenas salga de Sing-Sing.

—¿Y nosotros qué? ¿Nosotros mirando...?

—¿Qué habéis hecho en toda vuestra vida, perros?

—¡Hable en serio, jefe, maldita sea! ¡No crea que nos asusta con sus salivazos ni con la pistola que se le dispara sola! ¡Sabemos que tiene una querida negra y que hace dos meses que no puede pagarle

ni el alquiler de un piso!

Barklay no lo negó.

¡Claro que tenía una querida negra!

Y su mujer era china.

Y ya hacía dos semanas que venía pellizcando a una camarera india.

A poco que se descuidase, caería.

Y también tenía muy controlada a una alemanita que trabajaba en la Pan American, y con la que ya estaba a punto, a punto de aterrizar sobre cualquier lecho clandestino de la Séptima Avenida.

Barklay era así.

Por algo le llamaban la ONU.

Pero ahora Barklay no estaba para bromas.

Masculló:

—Lo que supongo que tratan de hacer en las alturas, porque eso depende del Departamento de Justicia, es dejar que la Maña trate de liquidar a Kroner. Y si Kroner no ha perdido facultades, hará a su vez una escabechina en la Maña. Total, que el negocio se les podría ir al cierre por falta de personal. Dentro de una semana, si Kroner está vivo, los de la Mafia o mucho me equivoco o tendrán que ir poniendo anuncios en los periódicos: «Se necesita morfinómano emprendedor para hacerse cargo de negocio en quiebra. Aficionados abstenerse». Kroner va a trabajar para nosotros sin pretenderlo. Va a hacer lo que nosotros no hemos sabido hacer nunca. ¡Y encima sin cobrar un níquel!

Los agentes miraron con creciente interés aquella foto.

Para ellos, era la de un hombre muerto.

Sabían por experiencia que no se puede luchar contra los pistoleros de la Mafia.

Uno de ellos preguntó:

—¿Por qué esa fotografía no se difunde, admirado jefe?

—Por una razón elemental, admirado burro. Por la misma razón que todas las fichas de Kroner han sido cuidadosamente archivadas y nadie tiene acceso a ella. Hay que darle alguna ventajilla, ¿no? Hay que procurar que los pistoleros de la Mafia no le conozcan enseguida, porque de lo contrario la aventura acabaría antes de empezar. Kroner tiene que disponer de un plazo de respiro, tiene que situarse de nuevo en la ciudad antes de que vengan a por él.

Por eso no saldrá de

Sing-Sing

legalmente y por la puerta principal, sino facturado en el camión de la basura.

—Eso va a ser inútil, jefe.

—¿Por qué?

—Supongamos que los tiburones de aquí no le conocen. Esta foto, por ejemplo, sólo la hemos visto usted y nosotros. Las fotografías de archivo ya son algo viejas y pueden engañar. Supongamos que nadie mete las narices en las fichas de la policía, que usted asegura están bien custodiadas. Pero los tiburones de Los Ángeles y San Francisco sí que conocen a Kroner y vendrán a buscarlo a Nueva York. ¿Cómo puede evitar eso?

—Deteniéndolos —dijo Barklay—. Han sido detenidos ya todos los pistoleros de la costa occidental, con los motivos más variados. La operación la dirige, en secreto el propio secretario de Justicia. Se les podrá tener enchironados durante una semana, al fin de la cual habrá que abrir la puerta de la jaula, pero para entonces la situación ya se habrá resuelto. Kroner estará en el cementerio y los principales cabecillas de la Mafia le acompañarán. Y nosotros..., ¡a cobrar!

Se frotó las manos con gesto satisfecho.

Uno de sus hombres susurró:

—Y nosotras, ¿qué hemos de hacer?

—Vosotros os limitaréis a liquidar a las piezas que se escapan. Como cada encuentro a tiros entre Kroner y sus competidores de la Mafia constituirá un delito flagrante, la ley estará a vuestro lado en cuanto liquidéis a todos los pistoleros que queden sueltos. Será una escabechina si andáis listos, y será también una oportunidad única para acabar con el tráfico de drogas en toda la parte oriental del país. Pero para eso es necesario que nadie más conozca la fotografía que os he mostrado.

La tomó entre sus dedos y la guardó.

Sus hombres sabían que estaba segura.

Barklay podía ser una bestia inmundada, podía ser la ONU en cuestión de señoras, pero también era uno de esos tipos que se dejan arrancar la piel a tiras antes de faltar a su obligación.

Sus hombres se dispusieron a recoger los naipes.

Pero Barklay barbotó:

—¡Eh, malditos!

Aquellos naipes no los conocía él.

Tenían trampa.

Todos consistían en unas señoras sensacionales, cada una de las cuales sostenía un disco rojo con la identidad de cada, naipe. Por ejemplo el as de corazones consistía en una, bailarina de can-can

que mostraba en la punta de sil pie muy alzado el disco rojo diciendo: «As de corazones». Vamos, que era, un juego, como para despistarse uno y como para llevarse los naipes a casa.

A Barklay le brillaron los ojillos.

Murmuró:

—Pero..., ¡pero si hay señores de todas las razas...!

—Sí, jefe. Es la ONU.

—¡Maldita sea! ¡Éste es material prohibido!

—Ni prohibido ni callos en conserva, jefe. Los venden en la Calle Cuarenta y Dos, en unas tiendas así de grandes.

—¡Pues haré una investigación! ¡Me los llevo coma prueba del delito! Y ahora..., ¡adiós, guarros!

Tomó el mazo de naipes, se lo puso en un bolsillo interior y salió.

Uno de sus agentes susurró:

—¿Será cerdo...?

—Calla, marmota —dijo otro.

Sacó un mazo de naipes exactamente igual y se pusieron a jugar de nuevo.

Barklay abandonó la Brigada, tomó su coche y se dirigió a poca velocidad hacia el West Side. El vivía en la Avenida Nueve, en un apartamento modesto, porque los ingresos no daban para más. ¡Hay que ver lo que se gasta cuando un hombre se empeña en mantener a la ONU!

Dejó el automóvil en un aparcamiento oscuro donde se lo tolerarían hasta media mañana del día siguiente. Fue a salir.

Y entonces vio a los tres buitres.

Entonces se dio cuenta de que le esperaban allí porque sabían que casi cada día llegaba a la misma hora. Y su mano derecha voló

hacia la funda sobaquera.

Pero Barklay había visto a tres individuos.

Y no había visto al cuarto.

Precisamente los tres estaban allí como cebo mientras el cuarto atacaba.

El golpe en la nuca le hizo tambalearse.

El que acababa de atacarle por detrás le sujetó los brazos en una hábil presa de judo, impidiéndole moverse. Mientras tanto, otro de los atacantes se lanzó sobre él empuñando un arma vieja pero de efectos decisivos: un punzón de partir hielo como los que habían servido para matar a tantos hombres en las despiadadas luchas entre bandas de los años treinta.

El movimiento fue sencillamente maestro.

Barklay no podía evitarlo.

Gritó desesperadamente.

El punzón se hundió de abajo arriba en la zona del corazón. Por si eso fuera poco, un nuevo golpe a la nuca hizo que Barklay se desplomara como un fardo.

Los cuatro hombres le rodearon.

Se movían silenciosos como gatos y furtivos como sombras.

—¡Pronto! ¡Seguro que la lleva encima!

Unas manos hábiles registraron a Barklay. La fotografía que había exhibido en la Brigada Antidrogas apareció entre unos dedos enguantados.

—Ya está.

Varios ojos brillaron.

Alguien susurró:

—Kroner, condenado cerdo...

—Seguro que es éste —dijo otra voz—. Coincide exactamente con la fotografía que fue sacada de los archivos de la policía de Los Ángeles antes de que les dieran el cerrojazo.

—De todos modos el sargento Plumber se arriesgó bastante —dijo el que acababa de guardar el punzón de partir hielo—. Todo ese material ya estaba muy vigilado.

—Tienes razón. Plumber no nos ha engañado y puedes pagarle lo convenido.

—Haré la transferencia bancaria mañana mismo.

—Está bien, ya tenemos a Kroner. Y ahora..., ¡fuera! ¡No

podemos perder un minuto más!

Los cuatro hombres se dispersaron, tomando cada uno de ellos una dirección distinta. El que se había llevado la fotografía de Kroner murmuró:

—Cuando ese cerdo salga de la cárcel mañana, va a ir a parar de cabeza a la tumba...

CAPÍTULO II

—Sube, Kroner. La *carroza* te espera.

Los dos hombres que le habían acompañado desde la puerta misma de su celda —situada en el rincón más reservado de Sing-Sing

— le mostraron el enorme furgón, metálico donde eran sacadas las basuras de la prisión. Aquella noche no había apenas ningún desperdicio en el interior, porque el vehículo se destinaba para una misión más complicada y más limpia. Pero aun así, Kroner arrugó el ceño.

Era más alto que cualquiera de los dos hombres que tenían que acompañarle.

Su musculatura destacaba potente bajo la tela del bien cortado traje.

Uno de los policías, barbotó:

—¿Qué? ¿No acaba de gustarte?

—En mis treinta años de vida no había viajado en un cacharro tan infecto —dijo Kroner.

—Claro... Eran mejores los últimos modelos de «Chrysler Imperial», ¿no? Pues despídete de todo eso, Kroner.

El aludido se encogió de hombros.

—Dentro de una semana os podré tapar la boca con oro —dijo, despectivamente—. Y, con un talonario de cheques en la mano, podré hacer aceptables proposiciones a vuestras mujeres. Proposiciones que ellas se apresurarán a aceptar con gritos de entusiasmo. Tampoco creo que les venga de nuevo...

Uno de los policías sintió que chirriaban sus dientes.

La indignación hizo que se le movieran hasta las cejas.

Ciego de rabia, proyectó su puño derecho contra el estómago de Kroner. Éste recibió sin pestañear el brutal impacto que hubiera hecho estremecer hasta a un boxeador profesional. Parecía tener el

cuerpo tallado en un pedazo de roca.

El alcaide barbotó:

—¡Basta ya, Charlie! ¡Déjale que hable! ¡Tampoco va a estar cacareando demasiado tiempo!

Los dos hombres empujaron a Kroner al interior del vehículo de la basura. Y le hicieron sentar entre los dos únicos bidones de inmundicias que transportaban aquella noche.

Kroner cerró un momento los ojos.

Parecía resignado a su suerte. Parecía pensar que Nueva York no iba a ser para él lo que se dice una ciudad agradable.

Uno de los policías masculló:

—Fíjate qué manso está ese buitre. Como si rezara...

El vehículo se había puesto en marcha.

Traqueteó.

Eso permitió a Kroner cambiar ligeramente de postura sin llamar la atención de los otros. La semioscuridad le permitió también llevar la derecha al borde de uno de los recipientes de basura.

Sus dedos rozaron una cosa metálica.

«Buen chico —pensó—. Jim..., ¡qué buen chico!».

La pistola estaba exactamente en el lugar que le habían indicado.

Tiró suavemente de ella.

Un arma chata, pequeña, pero en la que cabían seis balas del calibre nueve.

El camión traqueteó de nuevo al salir de la prisión. Era la hora convenida de todas las noches, una hora que no tenía por qué extrañar a nadie. Tampoco extrañó a los dos policías que Kroner cambiara de posición un poco.

La pistola quedó remetida entre su camisa y el pantalón.

Sabía que estaba bien allí.

Y que no iba a tardar en usarla.

—Ya está bien, Kroner. Fuera.

El camión metálico se había detenido en el vertedero.

Estaba situado más allá del gigantesco Puente Verrazzano, en el exterior de la bahía.

El vertedero hedía a agua quieta, a agua pestilente y a rata a punto de parir. El vertedero era la cosa más infecta y vil que las bien educadas narices de Kroner habían olfateado nunca.

Las puertas se abrieron.

—Final de trayecto, amigo. Las ratas más elegantes de Nueva York te están esperando por si quieres hacer el amor con alguna de ellas. ¡Hala, perro! ¡Fuera! ¡A ganarte la vida!

Kroner hizo un gesto de desprecio.

Veía las pilas de inmundicias hasta el borde mismo del agua quieta. Veía también las largas pasarelas de madera que penetraban en la bahía. Y las máquinas aplanadoras que descansaban como monstruos dormidos a la luz de la luna.

Lanzó un gruñido.

—Creí que en cuatro años el problema se había resuelto —murmuró—. Pero veo que Nueva York sigue siendo una ciudad espantosamente sucia.

—Las basuras no se quedan ahí —masculló uno de los policías—. ¡Si lo sabré yo, que vengo a perfumarme todas las noches! Por la mañana, unos barquitos llenos de mugre y tripulados por unos mansos a los que ha abandonado hasta su suegra, cargan la mercancía y la llevan a alta mar, donde la vacían. Hay peces gordos como bueyes que ya la están esperando. En muy poco tiempo, todo ese Chanel número cinco desaparece. Le que pasa es que ahora están acumulados los detritus de casi todo un día.

El otro añadió:

—Y, al salir tú, habrá un poquito más de basura. ¡Hala, cerdo! ¡A vivir como mereces! ¡Largo de aquí, invertido! ¡A la nie!

—Pues vaya *rue* —masculló Kroner.

De todos modos saltó.

No tenía otro remedio.

La furgoneta hizo marcha atrás, por el difícil camino flanqueado de desperdicios, y desapareció entre las sombras. Una nube de ratas que se perseguían entre la basura —con fines sentimentales, las pobres— se dispersó bajo la luz de los focos.

Cuando aquella luz hubo desaparecido y el panorama sólo estuvo alumbrado por la claridad lunar, Kroner miró en torno suyo.

En buen sitio le habían dejado.

Claro que era lo convenido.

El alcaide de

Sing-Sing

y los que estaban por encima suyo tenían el mayor interés en que

los de la Mafia no dieran fácilmente con sus huesos.

La hora oficial de salida era el día siguiente a las seis de la mañana.

Muy bien; que le esperasen allí, frente a la puerta principal, mascando chicle.

A aquella hora él ya estaría harto de patear Nueva York y hasta habría tenido tiempo de buscarse una amiguita en Harlem.

Caminó por el sendero que había seguido el vehículo.

Veía bastante bien.

Calculó que tendría que andar al menos una hora antes de encontrar el primer sitio civilizado donde hubiera una parada de autobús. De todos modos veía bastante bien.

Y también veían bastante bien los cinco pistoleros que le estaban acechando al nivel del primer embarcadero.

La policía hubiera dado un buen puñado de dólares por ver sus caras y por ponerles algo sólido entre las muñecas. Eran los más acreditados gatillos de que la Mafia podía disponer en aquellos momentos, en Nueva York.

Kroner avanzó cautelosamente.

Pilas de basura a la derecha; pilas de basura a la izquierda.

Y, de pronto, distinguió aquel leve brillo. La luz de la luna acababa de arrancar un destello al cañón de un rifle.

Los pistoleros que estaban allí no se iban a andar con chiquitas. Uno de, ellos llevaba un rifle automático y otro una metralleta. Los demás empuñaban pistolas «Luger».

Kroner saltó.

Su salto fue perfecto. Un campeón olímpico de trampolín lo hubiese envidiado.

La diferencia estuvo en que él no amerizó en una piscina de agua esterilizada, sino en un infecto mar de desperdicios entre el cual docenas de ratas estaban buscando un piso sin traspaso. Se oyeron los chillidos de los animales asustados, mientras el rifle crepitaba por primera vez.

La bala hizo que se desmoronase un pequeño montículo de basuras, cerca de la cabeza de Kroner.

Éste había visto la posición de su enemigo, a causa del fogonazo. Adelantó un poco el brazo a cuyo extremo estaba la pistola que le habían facilitado en

Sing-Sing.

Hizo dos disparos.

La primera Tóala rozó solamente al hombre que manejaba el rifle. El tirador se encogió, pero cuando lo hacía llegó la segunda bala.

Y ésta le penetró entre los dos ojos.

El rifle resbaló por entre las basuras, hasta originar un estruendoso «Clonc, clonc, clonc» en una pequeña pila de barriles vacíos.

Los otros cuatro pistoleros se abrieron en abanico.

También ellos habían localizado a Kroner a través del fogonazo. Y hasta sabían, a causa del ruido de los disparos, la clase de arma que estaba utilizando.

Un arma de sólo seis balas.

De las cuales ya había gastado dos.

El que empuñaba la metralleta se dedicó a «fijarle» en un sitio. Estaba seguro de que podía disparar con tranquilidad, porque nadie vendría a molestarles, al menos en media hora, aunque allí se organizase la batalla de

Iwo-Jima.

Envió una ráfaga.

Kroner no podía moverse de donde estaba. Los otros tres sicarios vinieron uno por cada lado.

Se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

A pesar de todos los secretos y todas las precauciones, los de la Mafia habían sabido la hora y las circunstancias de su salida. Lo cual no era extraño, después de todo, porque la organización contaba con cómplices no sólo en todas las cárceles, sino también en todos los juzgados del país.

Giró un poco sobre sí mismo.

Las balas de la metralleta enviaban por los aires nubes inmensas de basura.

Paradójicamente, ésa era la única ventaja que tenía Kroner. Se encontraba en un paisaje que cambiaba continuamente de aspecto, como cambian las arenas del desierto al soplar el simún. Porque las montañas de basura eran como las dunas de arena, y las balas de la metralleta como el viento del desierto. ¡Y qué viento...!

Eso permitió a Kroner deslizarse hacia un lado sin que le viesen.

El de la metralleta siguió disparando contra un sitio en que él ya no se encontraba.

Apuntó cuidadosamente.

Otro enemigo venía por la izquierda. Estaba ya apenas a doce pasos.

La luz de la luna le daba en la cara.

Era un argelino.

La Maña había traído, para su servicio, incluso a los mejores tiradores de África.

La pistola crepitó.

El argelino dio un extraño salto.

Su alma fue directamente al paraíso del Profeta.

Y su cuerpo fue directamente a un agujero que no tenía nada de paraíso, porque era un auténtico nido de gusanos. Pero a él, ¿qué más le daba?

Kroner apretó los labios de nuevo, pero ahora con un gesto de decisión.

Sus enemigos ya sólo eran tres. Había llegado la hora de pasar al ataque.

El de la metralleta barbotó:

—¡Atacad, malditos! ¡Ya lo tengo quieto otra vez! ¡A él!

Los dos se movieron, mientras él avanzaba en zigzag, procurando barrer con sus balas la mayor zona posible. Sabía que a Kroner sólo podían quedarle tres balas en el cargador y ésa era una ventaja decisiva.

Pero estaba exponiendo demasiado.

El de la metralleta no se daba cuenta de que era como si llevase un farol entre las manos. El ritmo frenético de los fognazos le «señalaba» varias veces por segundo.

Apuntó a la derecha.

Le había parecido que Kroner se movía por allí.

Y Kroner apareció por la izquierda.

Tres fognazos más.

Tres balas instantáneas.

Kroner había asegurado la jugada, porque aquel tipo era su peor enemigo. Mientras no acabase con él, no se podría considerar relativamente a salvo. Y por eso gastó todos los plomos que le quedaban, no queriendo correr ningún riesgo por aquel lado.

La metralleta saltó por los aires.

Su dueño se encogió mientras tres botones rojos se marcaban en su pecho.

Cayó empotrado entre una pila de latas vacías cuyas etiquetas aún decían claramente:

«Cerdo con tomate».

Los otros dos enemigos de Kroner estaban desconcertados, pero al menos uno de ellos podía verle bien. Cambió inmediatamente la dirección de su «Luger».

Kroner volvió a saltar, tras hacer otro gesto lleno de precisión: Lanzó la pistola vacía a la cara de su enemigo.

Éste emitió un gruñido de dolor, mientras cerraba un momento los ojos. Cuando los abrió, ya Kroner había saltado sobre él y le enlazaba por la cintura.

Los dos rodaron por el suelo, si es que podía llamarse «suelo» a aquello.

El otro emboscado se acercó. Pero entre la pila de basuras no podía ver bien a los dos que peleaban.

De todos modos una sonrisa helada asomó a sus labios.

Aseguraría bien el golpe, como había hecho Kroner con el de la metralleta. Subió a una de las máquinas trituradoras, que dejaban la basura convertida en una especie de pulpa antes de cargarla en los barcos, y la puso en marcha.

Las gigantescas palas produjeron un chirrido.

Sus dientes y sus engranajes empezaron a actuar.

Kilos y kilos de basura eran engullidos por aquella especie de fauces y transformados en una masa viscosa que podía ser manejada con facilidad en los embarcaderos. El terreno iba quedando limpio en cuestión de minutos. La máquina avanzaba como un tanque.

¡Y los dos hombres que peleaban se encontraban cada vez a menor distancia!

¡Iban a ser engullidos los dos por las fauces metálicas!

A la persona que manejaba la máquina no le importaba liquidar a un compañero con tal de liquidar también a Kroner. Las enormes pinzas los triturarían a los dos. Ya faltaban menos de cinco yardas.

Kroner estaba debajo de su enemigo.

Era miserable acabar de aquel modo, pero ni un gemido escapó de sus labios. Miró las gigantescas articulaciones de la máquina, con

un gesto de desprecio.

Y en aquel momento..., ¡la trituradora dejó de funcionar!

¡Las pinzas se detuvieron a dos dedos de la cabeza de Kroner!

La persona que manejaba la máquina estaba segura de haber convertido en pulpa a los dos hombres juntos, y por tanto no había que exponerse a caer al agua con trituradora y todo. De modo que cortó el contacto y saltó al suelo.

Bueno, ése al menos fue su propósito.

Pero no llegó a tocar con los pies en el suelo.

El gancho a la cara volvió a levantar aquel cuerpo. Resbaló entre las ruedas de la máquina y trató de escabullirse, mientras en sus labios se dibujaba un rictus de dolor.

Kroner no le dio tiempo.

Dos cortos al estómago derribaron a su enemigo. Un nuevo gancho a la mandíbula lo dejó a punto para el matadero.

Kroner, de todos modos, se lanzó sobre él.

Quería asegurarse.

Y de pronto se detuvo como antes se había detenido la infernal máquina. Porque sus manos acababan de tocar algo que uno no espera encontrar bajo el traje de un pistolero.

Las... bueno, las glándulas mamarias de una mujer. Diciéndolo así, como en los libros de Historia Natural, no se enfada nadie.

Sintió que sus facciones se cubrían de sudor. Una sorda angustia le atenazó la garganta.

¡Cuatro yardas!

¡Tres!

La máquina rugía, ya prácticamente encima de sus cabezas.

¡Iban a ser descuartizados los dos juntos!

¡Y el otro imbécil, obsesionado por la idea de estrangularle, no se daba cuenta!

¡Una yarda!

Todos los músculos de Kroner se movieron en una especie de contracción salvaje. Hizo el puente con el cuerpo. Su enemigo, que estaba encima, saltó como si le hubiera despedido una catapulta.

Vio junto a él la enorme cuchara de la máquina.

Vio las horribles pinzas metálicas que lo engullían todo.

Su alarido llenó la noche:

—¡Nooooo...!

Un chasquido siniestro, un chasquido de trituradora en pleno funcionamiento acabó con aquel grito. Pero la máquina no se detuvo, sino que siguió avanzando.

Kroner dio un terrible salto.

Pero aun así no acabó de situarse a la suficiente distancia. La cuchara venía de nuevo hacia él. Las pinzas se tendían como las fauces de un animal, dispuestas a engullirle.

¡Y no podía retroceder más!

¡Estaba arrinconado por los postes de uno de los embarcaderos!

No gritó.

Kroner abrió de un tirón la chaqueta.

Las... bueno, las glándulas ésas estaban lo que se dice muy desarrolladas.

Y muy puestas en su sitio.

La mujer también tenía otras cosas. Tenía, por ejemplo, unas caderas muy torneadas que el traje masculino apenas podía disimular. Y tenía una cara preciosa que miraba a Kroner con una indefinible expresión de miedo.

Kroner estaba prácticamente montado encima de su enemiga.

Se puso tranquilamente un cigarrillo en los labios.

Rascó un fósforo.

Y lo pasó poco a poco por delante de los ojos de la mujer. Ésta creyó que iba a quemarle los párpados, Lanzó un desesperado chillido.

Pero Kroner retiró la llamita y se limitó a prender fuego al cigarrillo, luego lanzó el fósforo.

Se puso en pie, mientras cacheaba a la mujer. Le arrebató la «Luger» y se la guardó entre camisa y pantalón. Luego permitió que ella también se levantara.

—Esperaba que todos fueran hombres —dijo.

—Yo..., yo soy campeona de tiro.

—¿Por eso te han elegido?

—Sí.

—¿Quién?

—No vas a sacarme una palabra, Kroner.

El movió la mano derecha.

Propinó un golpe a la cara de la mujer. Ésta se estremeció, pero se mantuvo firme.

—Repito que no vas a sacarme ni una palabra. Si ellos supieran que he hablado, me matarían.

—No hace falta que me digas, en líneas generales, quién te ha contratado, porque eso lo sé —murmuró calmosamente Kroner—. Pía sido la Mafia Los de la Mafia querían acabar ya conmigo en Los Ángeles y lo intentaron otra vez en Nueva York. Han pasado cuatro años, pero cuatro años no son nada para una organización que tiene una antigüedad de varios siglos. Todo eso lo sé. Lo único que te pido es el nombre del pájaro que habló contigo. Quiero saber quién es el jefe que está detrás de todo esto, y además dónde puedo encontrarle.

—No..., ¡nunca te lo diré!

Kroner sonrió de una forma extraña, una forma que incluso parecía amistosa.

—Quítate el cinturón, nena.

—Pero ¿qué quieres? ¿Que se me caigan los pantalones?

—Habría mucho que ver si a una chica como tú se le cayeran los pantalones. Quítatelo.

Ella obedeció.

No tenía otro remedio.

Una vez con el cinturón en su poder, Kroner la hizo volverse bruscamente y le ató ambas manos a la espalda. Luego la empujó con brutalidad hacia la cuchara de la máquina, donde estaban las gigantescas cuchillas trituradoras.

Ella lanzó un alarido inhumano.

¡No podría moverse de allí!

¡Bastaría con que Kroner diese contacto, para que las cuchillas funcionaran...!

—Lo que has querido para tu compañero tal vez te guste también a ti —dijo suavemente Kroner—. Voy a dar contacto, nena.

—¡Noooo! ¡No lo hagas! ¡Noooo...!

Kroner no podía verla, como antes ella no le había visto a él. Pero le bastaba con oír su voz, para comprender el horror en que estaba sumida.

—Adiós, preciosa —musitó—. Nunca esos barcos de basura habrán llevado un cargamento tan dulce.

Y fue a girar la llave de contacto. Ella lanzó otro alarido.

—¡No lo hagas! ¡Te diré lo que quieras! ¡Lo que quieras,

malditoooo...!

Kroner sonrió.

—Por ejemplo dime quién lleva ahora en Nueva York todos los asuntos de drogas en que interviene la Mafia.

—No lo sé.

—Contacto, nena. ¡Y adiós...!

—¡Sólo sé quién es el hombre que nos contrató! ¡Y eso sí que puedo decírtelo!

—Escupe su nombre antes de que te salgan llagas en la lengua, chata. Tener entre los dientes un nombrecito así, infecta.

—Se llama Bulber.

—Bulber... Lo he oído nombrar. Antes se dedicaba a los negocios de la Mafia en Nuevo México. ¿Dónde puedo encontrarle?

—A mí me contrató en una casa de la Avenida Doce.

—¿Qué casa?

—Se llama el Edificio Rochester.

Kroner saltó de la máquina.

—Conozco el edificio —dijo—. Plase cuatro años lo estaban construyendo. Me parece que fue una de las últimas casas que vi antes de que me metieran en la jaula.

Lanzó el cigarrillo al suelo, y se alejó tranquilamente.

La mujer barbotó:

—¡Eh! ¡Sácame de aquí!

—Que te saquen mañana los empleados, nena..., si se acuerdan. Puede que miren la cuchara antes de ponerse a trabajar y puede que no. Piénsalo durante la noche, muñeca. Y si mañana aún vives, estoy seguro de que le pedirás la jubilación a Bulber...

Se alejó tranquilamente.

Se había llevado la llave de contacto, de modo que nadie podría hacer funcionar la máquina sin fijarse muy bien antes, en ella.

Pero de eso la maldita y hermosa mujer sólo se enteraría a la mañana siguiente.

Mientras tanto, se le iban a poner marrones de miedo hasta las puntas de los pies.

Lo cual tampoco es una canallada tan grande, si bien se mira. Porque este año el marrón es el color de moda.

CAPÍTULO III

El Edificio Ro Chester.

La Avenida Doce.

La noche sucia del West Side, la noche donde todo es posible para los hombres que jamás duermen.

Los cinco individuos entraron allí.

La casa no era alta.

Piso siete.

Los cinco individuos eran fornidos negros que vestían con colores chillones. Tenían ficha en la policía, pero por cuestiones sin importancia. Esta noche, por descontado, ningún esbirro vestido de azul iba a fastidiarles la fiesta.

Abrieron la puerta.

El apartamento amueblado.

La luz concentrada de la lámpara.

La chica.

Sobre todo la chica.

Bendito fuera el día en que nació una muñeca como aquélla.

Estaba sentada en el centro de la pieza y la falda descansaba sobre la mitad de sus muslos. ¿Qué edad tendría? ¿Quince? ¿Dieciséis? En todo caso era una auténtica chiquilla.

Los ojos de los cinco negros la miraron ansiosamente.

Dentro de dos años, de tres, aquella muñeca no sería, más que una piltrafa. Las drogas acabarían con ella.

Terminarían encontrándola cualquier noche flotando en el Hudson y la sacarían con un bichero como se saca un resto de basura. La llevarían como un fardo al depósito de cadáveres del Hospital Bellevue. Y entonces, allí, sobre la maldita mesa de mármol en que sería destrozado su hermoso cuerpo, ella volvería a tener cara de ángel. La misma cara que tenía cuando era niña y no había perdido la inocencia. La cara que tenía esta noche, aún. ¡La

que perdería, como máximo, en dos o tres años!

Pero ahora, los cinco negros no pensaban en eso.

Sólo pensaban en su cara actual.

En sus piernas actuales.

En el placer «actual» que les daría.

Ella gimió:

—¡Bulber ha estado aquí! ¡Ha estado aquí pero no me ha dado nada! ¡Y ya empiezo a necesitarlo! ¡Dádmelo vosotros! ¡Ya empiezo a necesitarlo con toda mi alma!

Los cinco hombres se miraron.

Uno de ellos puso sus enormes manos en las curvas de la chica.

—¿De modo que Bulber ha estado aquí, eh? ¿Y qué ha hecho contigo? ¿Lo que le ha dado la gana?

—Lo que le ha dado la gana.

—Gran jefe ese Bulber. Gran chico que sabe bien lo que quiere. De modo que has tenido que ser primero para él, ¿eh? ¡Maldita guarra!

La golpeó ferozmente en la cara. La chica cayó de la silla y se estrelló contra la pared, mientras lanzaba un gemido espasmódico.

—¡Yo no he tenido la culpa! —imploró—. ¡Bulber me juró que tendría toda la mandanga que quisiera, si me dejaba hacer cosas por él y sus hombres! ¡No tengo la culpa de que haya venido primero! ¡No tengo la culpa...!

—¡Cállate...!

No había miedo de que nadie les molestase, porque la casa era de oficinas y a aquella hora estaban deshabitadas. Pero los gemidos de la chica ya les estaban poniendo nerviosos.

Uno de los negros dio un codazo al que acababa de pegar a la muchacha.

—No hay que excitarse así, John. Bulber es el jefe. ¿Qué culpa tiene ella? Y es natural que Bulber quiera aprovechar las gangas.

—Yo también quiero aprovecharlas. Voy a ser el segundo.

—Poco a poco, John. Eso lo decidirán los naipes.

—¿Tratas de insinuar que...?

—No insinúo nada. Sólo digo que eso lo decidirán las cartas.

—Está bien. Pero ni una pizca de mandanga a esa chica, hasta que haya pasado la noche. Si se la damos y se relajan sus nervios, se dará cuenta de lo que hace.

—No te preocupes. No se los va a calmar hasta que hayamos terminado todos.

Y rió silenciosamente.

La muchacha les miraba, todavía derribada en un rincón.

Tenía unas maravillosas piernas.

Y las enseñaba demasiado.

Uno de los negros, ya impaciente, barbotó:

—¡Pronto! ¿A qué esperamos? ¡Cartas!

CAPÍTULO IV

La Avenida Doce.

La maldita noche donde todo es posible.

La luz sucia.

Arriba, muy arriba, en el piso siete, los gemidos entrecortados de una chica que llora.

Pero eso no se oye desde la calle.

Desde la calle sólo se oye el siseo de los neumáticos del coche que se detiene suavemente junto a la acera.

Y sólo se ve la mirada glacial del hombre que lo conduce y que lo ha robado media hora antes.

Su mirada especial de asesino.

Para que todo el mundo lo entienda: una mirada de asesino que está cobrando plus de productividad.

Kroner se acercó a la puerta del inmueble.

Estaba cerrada, pero eso no era problema para él. Con un simple gancho torcido pudo abrirla.

El ascensor.

El nombre de Bulber en las plaquitas de los inquilinos.

Buen chico el tal Bulber.

Hasta se anunciaba y todo.

El piso siete.

Y otra vez los ojos de asesino ante la puerta.

Desde allí sí que Se oían los leves gemidos de la chica que lloraba.

Los naipes cayeron sobre la mesa.

—Escalera de color.

—Tú has ganado, Pat.

—He ganado esta mano, pero he perdido las otras. No soy más que el cochino que va en cuarto lugar.

—Tú eres un cochino siempre, Pat.

—¿Quieres que te dé un puntapié por debajo de la mesa, macho? ¿Quieres que te deje inútil para el servicio militar?

—No te quejes, Pat. Mejor es ser el cuarto que el quinto como yo. Ya estoy hasta las narices de tanta espera.

Uno de los buitres salió de la habitación contigo.

—Eh, amigos, esa chica se está poniendo tonta. No hace más que llorar.

—¿Es que ya no colabora?

—Se pone difícil.

Alguien rió. Miró a los que acababan de jugar en la mesa.

—Mal asunto para vosotros dos. Sois los únicos que quedáis.

—¿Y si le diéramos ahora un poco de droga? ¿No se calmaría?

—Yo más bien le daría una paliza.

—A veces una paliza les amansa. Entonces se dan cuenta de que tienen que colaborar un poco.

Pat lanzó un gruñido.

—Yo mismo le partiré la cara.

—Cuidado no la estropees, amigo.

—¿Por qué?

—Tiene que servir para otras veces.

Pat lanzó una carcajada.

Entró en la habitación.

Vio a la chica.

La chica que lloraba en un ángulo del lecho.

Pero eso le excitó todavía más.

¡Qué preciosa era! ¡Qué maravillosamente joven y preciosa...!

El gigantón avanzó hacia donde estaba la chica.

No miró la ventana.

¿Para qué?

Entre aquella ventana y la Avenida Doce había siete pisos. Y siete pisos por la fachada sólo los sube un mono o un águila.

Claro que también puede subirlos un asesino que sepa descolgarse de ventana a ventana.

Kroner se deslizó silenciosamente hacia el interior.

¡Crac!

El negro acababa de pegar a la muchacha. La cara de ésta se bamboleó de un lado a otro.

¡Croee!

Ahora era el negro, el que acababa de recibir, pero por donde menos podía imaginarlo. Un poco más y le parten la columna vertebral. Kroner le sujetó por detrás el cuello y le colocó una rodilla en el centro de los riñones. En esa postura, con una leve presión, podía partirle el cuerpo en dos.

Kroner bisbiseó:

—¿Cuántos sois?

—Ci... cinco.

—¿La chica está aquí por su voluntad?

—Te juro que... sí.

—¿Mandanga?

—Toda la... la que ella pida. Ése era... el trato.

Kroner sujetaba a su víctima con el brazo derecho. Movi6 bruscamente el izquierdo.

¡Plac!

Los que estaban al otro lado de la puerta, ordenando los naipes de nuevo, miraron hacia la hoja de madera.

—Quizá Pat está exagerando mucho.

—A veces conviene «animar» a las chicas, pero no demasiado.

—Si vuelve a pegarle, habrá que entrar.

Kroner parecía adivinar los pensamientos de los otros.

Hizo más fuerte su presa mientras susurraba:

—Busco a Bulber para hacerle un regalo de Navidad. Bulber y yo somos amigos de toda la vida.

—Pues qué... qué bien.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—En cualquier bar de zorras, donde seguramente encontrarás también a tu madre.

Kroner rió siniestramente.

—Me has dado una buena dirección, macho.

Y añadió mientras apretaba:

—Gracias.

Combinó el movimiento de su brazo derecho con el movimiento de su rodilla.

El negro chilló desesperadamente.

A nadie le divierte que le partan en dos la columna vertebral.

Pero Kroner le había tapado la boca con la mano izquierda.

Desde fuera sólo se oyó un murmullo.

El negro cayó, convertido en un fardo.

La chica lo miraba todo con ojos aterrorizados.

Desde el fondo de su desesperación, no se daba cuenta de la situación exacta. Creía que Kroner era uno más de los que venían a por ella. Con voz ronca, barbotó:

—¡Dámelo! ¡Me lo habéis prometido! ¡Dámelo!

Kroner bisbiseó:

—Sí, chata.

Y la dejó sin sentido de un golpe en la nuca.

Era mejor así. Cuando una drogada empieza a ponerse insoportable, puede complicar cualquier cosa.

Luego dio un terrible puntapié al cadáver, procurando que el crujido de los huesos hiciera ruido.

A uno de los que estaban fuera se le cayeron los naipes de la mano.

—Eh, chicos...

—¿Habéis oído?

—¡La va a matar!

—Ese bestia acabará por partirle los huesos. Vamos, muchachos. Hay que frenarle.

—Frenarle con un zurdazo al hígado.

—Yo sé de sitios que duelen más.

Abrieron la puerta.

Fueron a entrar.

Pero algo salió antes.

El cañón de la «Luger» destrozó materialmente la cara del que había tratado de entrar primero. Lanzó un rugido y se dobló hacia atrás en tanto intentaba sacar su arma.

Los demás quedaron como paralizados un momento.

No esperaban aquello.

Pensaban que sería una noche de juerga y estaba resultando una noche de muerte.

Kroner hizo funcionar el gatillo de la «Luger».

No se dio prisa.

Necesitaba que las balas fueran a sitios vitales y por eso apuntó bien. Con aquel ramillete de cuatro vivos, hizo un pastel de tres muertos.

Quedaba un buitre arrinconado junto a la puerta.

Un tipo con las facciones destrozadas que gemía entrecortadamente.

—No..., no podrás huir de aquí, perro... —barbotó—. ¡Los disparos se han oído en todas partes!

—Ése es asunto mío, moreno.

Kroner sopesó un poco la pistola y luego la acercó a la sien del otro. Lo hizo lentamente, sabiendo que convertiría a su enemigo en un pobre bicho, que lo dejaría hundido en un abismo de horror.

—Busco a Bulber —susurró.

—¿Para qué...?

—Ya se lo he dicho a tu amigo y no me ha creído. ¡Qué imbécil! Sólo quiero hacerle a Bulber un regalo de Navidad. ¿Por qué no me creéis? ¿Por qué no puedo estar lleno de buena fe, como un angelito?

—Porque eres una... una sucia lagartija.

—Me han llamado muchas cosas, pero es la primera vez que me dicen eso —sonrió Kroner—. Y ahora, ¿dónde está Bulber? ¿Vamos a pasarnos aquí toda la noche, amigo? ¿Quieres que ponga música?

—Pon...ponía.

Kroner seguía sonriendo.

Sabía que aquel gigantón iba a ser duro de roer.

Pero no se inmutó.

Introdujo la mano izquierda en sus bolsillos y fue sacando cosas, mientras le mantenía el cañón de la «Luger» apoyado en la sien. El negro llevaba bastante dinero, unos documentos de identidad, un pase de libre circulación para un gimnasio...

Kroner ya tenía bastante.

Conocía el gimnasio.

Durante largo tiempo había sido uno de los principales centros de suministro de drogas de Nueva York, pero eso pocos lo sabían.

Guardó los documentos y el dinero.

Y musitó:

—Adiós, moreno.

Apretó el gatillo de la «Luger» atravesando la sien del otro. La detonación pareció resonar en toda la casa.

Kroner, mientras se ponía en pie, susurró:

—Tú mismo me has pedido que pusiera música...

CAPÍTULO V

Hay gimnasios y hay gimnasios.

En unos se hace musculatura.

En otros se hace otra cosa.

Y en otros, por fin, no se hace nada. Ésos son los preferidos por los millonarios tripudos que en el periódico junto a un juego de poleas mientras piensan que se están convirtiendo en Tarzán de los Rascacielos.

El que visitó Kroner era de los segundos.

No los del músculo. No los de leer el periódico.

Los de la otra cosa.

El letrero ponía:

«Club social de Manhattan»

Estaba en la Avenida Once.

Olía a sudor.

Y es que el sudor de las mujeres huele más que el de los hombres.

¿Mujeres?

Kroner recorrió un largo pasillo.

Y al final un tío calvo.

Un tío calvo que se enteraba por el periódico de la noche de las cosas suculentas que habían pasado la noche anterior. Una montaña de muertos en unos vertederos de basura. Una chica a la que por poco dejan hecha harina de tapioca entre las cuchillas de una máquina trituradora. Cinco negros muertos en el Rochester Building de la Avenida Doce. Según el cronista, parecían un equipo de baloncesto pasado por un *túrmix*. Y un poco más allá, una chica que berreaba pidiendo no la paz en Vietnam, sino un poco de mandanga que llevarse a la boca.

Todo un panorama.

El tío calvo estaba entusiasmado.

—¡Esto —barbotó, mirando a Kroner—, esto son periódicos!

Como si los periódicos pudieran fabricarse una matanza cada vez que quieren aumentar las ventas.

De pronto el calvo quedó lívido.

No le gustaba aquel buitre recién llegado.

No le gustaba su mirada.

No le gustaba su puño derecho, ligeramente alzado.

Kroner susurró:

—¿Te gusta este periódico?

—Ya le he dicho que... que sí...

—Mejor para ti.

—¿Por... por qué...?

—Porque mañana sales tú, macho.

Y le descargó el puño, un poco más abajo de la calva.

El tío quedó arrugado y hecho un ovillo junto a su taburete.

Por poco tiene que pedir la jubilación definitiva.

No pudo ni rozar el timbre de alarma que había para aquellos casos junto a su asiento.

Kroner siguió andando.

Aqué! podía ser uno de los antros de Bulber. Aquél era un negocio que tampoco podía desdeñarse.

Las mejores chicas de la ciudad.

Las más sanas, físicamente.

Las más felinas, las más ágiles.

Primero se les pregunta: «¿Quieres hacer lucha libre femenina?».

El espectáculo está bien pagado.

Hay tío baboso que se pirra por ver atizarse a dos mujeres guapas.

La chica dice: «Sí».

Y se pone a aumentar su cuenta corriente, dejando un buen beneficio para su manager.

Luego pueden ocurrir dos cosas:

Que sea una deportista más. En ese caso va durando el espectáculo hasta que la gente se aburre de verla.

Que quiera el doble de lo que gana, en cuyo caso no es una deportista más, sino una deportista menos. Porque siempre hay tíos

que quieren ver moverse en privado a la que han visto moverse en público. Y una luchadora joven siempre resulta más *exciting* que una bailarina. De las bailarinas está ya harta la gente hasta en el Congo.

Entonces se ofrece a la chica el doble de lo que gana.

Y el negocio rinde más.

Luego, ¡vaya usted a saber!, la chica quiere ganar el triple.

Y entonces distribuye buenas dosis de mandanga por los centros deportivos. A veces hasta hay suertecilla y la nombran jefe de educación física de un colegio.

Se le paga el triple.

Y el negocio marcha.

Kroner conocía todo eso.

Era su mundo, era el agua fétida por la que tanto había navegado, cuando estaba en la costa del Pacífico.

Claro que Bulber no podía vivir sólo de eso, pero un gimnasio era un buen centro de contratación, un sitio nada desdeñable. Sobre todo si allí se entrenaban ninfas para convertirse en campeonas de lucha libre.

Se pegó a un lado de la puerta.

El *ring*.

Las luces crudas derramándose sobre él.

Y las dos chicas entrenándose bajo los gritos del manager. Una gorda y ya pasada, una verdadera foca que había sido la gloria de los *rings* de otro tiempo y ahora siempre actuaba de «mala». Y al otro lado, una auténtica ninfa, una mujer maravillosa, una atleta por los cuatro costados, a la que sin duda preparaban para el papel de «buena».

El combate, pese a ser de entrenamiento, resultaba bueno.

Hasta el manager se entusiasmaba.

—¡Bale, Nia! —Nia era la gorda—. ¡Acorrálala! ¡Tú, Sonia, finge que recibes de lo lindo! ¡Cae de rodillas! ¡Así! ¡Pégale con la rodilla en la cara, Nia!

Nia fingió que le daba.

Y la otra fingió perfectamente que recibía. Lo fingió tan bien que casi sale disparada por entre las cuerdas.

El manager babeaba.

—¡Estupendo, Sonia! ¡Piramidal! ¡Si esto lo haces el sábado en el

ring, la sala se hunde! Cuando tú quedas colgada entre las cuerdas, es cuando la gente se pondrá de verdad rabiosa con Nia y empezará a gritarte: «¡Mátala! ¡Mátala! ¡Mátala!».

Señaló a la gorda Nia.

—¿Y tú, Nia? ¿Qué haces tú entonces? ¿Qué hace mi foquita buena?

—La sujeto por el pelo y la arrastro hasta el centro del *ring*. Una vez allí, monto encima suyo, le sujeto el pelo mejor y, como lo tiene largo, se lo enrosco al cuello para tratar de ahogarla con él.

—¡Magnífico, Nia, magnífico! ¡Pero qué cosas tienes! ¡Qué ideas se te ocurren!

La gorda puso los brazos en jarras.

—¡Joe, despierta de una vez, maldito burro! ¡Llevo dos años haciendo cada sábado el mismo numerito! ¡La gente ya se lo sabe de memoria! Me llaman La Estrangulados. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Te llaman otras cosas, Nia, te llaman otras cosas.

—¡Bastante las oigo desde el *ring*, bestia!

Sonia, que continuaba colgada entre las cuerdas en posición inestable, masculló:

—Bueno, ¿y yo qué hago? ¡Voy a coger reuma!

El manager alzó los brazos.

—Perdona, chata, me había olvidado de ti. El entusiasmo, ¿sabes? Tú no has de hacer nada excepto dejarte llevar al centro del *ring*. Allí finges que te ahogan. Sacas la lengua, incluso. La gente de las primeras filas querrá lanzar cigarrillos encendidos sobre Nia. Y entonces tú contraatacas. Es el momento.

—Mientras no me trague un cigarrillo yo...

—No tengas miedo. Los que empiezan son socios de la casa.

—Pero los que terminan, no —gruñó Nia, palmeándose una quemadura que tenía en el muslo.

Sonia dio un brinco, poniéndose ágilmente en pie y luciendo una vez más su espléndida anatomía.

—De acuerdo. Cuando llegue la tabacalera, yo contraataco. ¿Pero cómo lo hago?

—Calma, nena, calma. Con una contracción de tu cuerpo, elevarás por los aires a Nia, que ya estará preparada. El rugido del público se va a oír hasta en Madagascar. Pero Nia no se quedará

quieta después de estrellarse contra las cuerdas y hacer ver que se ahoga ella misma. En cuanto la gente lo haya pasado en grande, un socio de la casa lanzará un tomate al *ring* y gritará a Nia: «¡Puerca!». Entonces Nia agarrará el tomate y lo aplastará contra la cara del árbitro.

—¿Para qué?

—A veces parece que bajes de la luna, nena.

—Lo lógico sería que me lo aplastara en la cara a mí —dijo Sonia.

—Ni hablar. La gente se ríe más con el árbitro, sobre todo si es un tío pequeñajo como el que yo habré elegido. Es un fulano desconocido aquí, pero que ha hecho el «número» en California durante dos años. La última vez, en San Francisco, casi hubo que operarle. Resultó que se había tragado el tomate entero, el bestia. Bueno, pues ese tío recibe el regalo y se cae. La gente se monda. Hay tíos que quieren subir al *ring*. Hay mujeres que se acuerdan de la mamá de Nia. El tumulto es fenomenal, pero el árbitro no ve nada, que es lo que interesa.

—¿Por qué?

—Por la federación, nena. Hay que guardar las apariencias. Porque entonces Nia se lanza sobre ti y, hecho una furia, te desgarras la parte superior de tu malla. Consecuencia: sale esto y esto.

Hizo «tlic, tlic» en las dos cosas que Sonia tenía delante.

Sonia se sobresaltó.

—¡Oiga, manager, yo creí que esto era lucha libre!

—Y lo es, nena. Un accidente lo tiene cualquiera, y ésa es un accidente que el árbitro no ha podido evitar. Sólo en repetir el truco una vez cada cinco sábados, nos hinchamos. En ese momento, cuando tú te quedas así, en el centro del *ring*, con cara de ingenua, la gente ya estará de color morado. Las señoras te llamarán unas cuantas cosas, pero los hombres las harán callar. Y tú, indignada, contraatacas. Nia ya se sabe muy bien el papelito, de modo que va a dar más vueltas que un rodillo de amasar. Al final, incluso, saldrá proyectada fuera del *ring*. El árbitro querrá separaros, pero tú no le dejes. Debes dar a todo el mundo la sensación de que la ira te ha cegado.

—Total, que la única ciega seré yo. Y los otros pondrán unos

ojos así, ¿no?

—Ése es el trato, muñeca. La gente estará tan entusiasmada que querrá llevarse el *ring* a casa. Nia perderá el conocimiento y lo recuperará cuando le hayan contado veinte entre las primeras filas de butacas. Agredirá a unos cuantos espectadores y te pedirá a gritos la revancha. Tú se la darás pero sin taparte, ¿eh? ¡Sin taparte nada! Los de las primeras filas babearán de emoción sana y deportiva. Los policías vendrán y se llevarán a Nia entre cuatro.

—¿Pero no le harán daño?

—No te preocupes, nena. Uno de los policías es su marido.

—¡Ah!

—Su marido es el que recibe de vez en cuando, pero no te preocupes por él: terminará haciéndole socio de la casa. Cuando se hayan llevado a Nia, tú empiezas a dar saltos y a repartir besos entre el público. De pronto •te darás cuenta de que estás enseñando los dos pasaportes a la vez. Lanzarás un gritito y te taparás como puedas mientras sales corriendo. Ya verás tú cómo la gente se mata para ayudarte a bajar del *ring*. Aquello va a parecer la Campaña Nacional de la Cortesía. Pero tú sales volando, la gente se derrite de gusto, toma al asalto la taquilla para reservar localidades el sábado próximo y..., ¡fiiiiiiin!

El manager abrió los brazos como un tenor que acaba de dar el «do» de pecho al final del acto.

Le había quedado perfecto.

Sólo faltaba el telón.

Kroner, desde la puerta, aplaudió delicadamente.

Los rostros se volvieron hacia él. Fueron primero los rostros de los dos gigantones que colocaban bien las pesas. Luego el de una pobre luchadora ya vieja que sólo participaba en combates semicómicos de ésos en que los contendientes se llenan de barro. Por fin los: ojos extrañados de Nia. Y los ojos casi dulces de Sonia Y los del manager.

El manager barbotó:

—¿Quién es usted?

—¿No lo ve? El público.

—Yo al público me lo paso por el ombligo. ¡Largo de aquí!

—No tan aprisa, amigo. Busco a Bulber.

—Bulber ya no es socio de este centro deportiva.

—Hombre... Lo de «deportivo» me ha gustado.

—He dicho que largo de aquí. Sam... Tucker...

Los dos que ordenaban las pesas se acercaron.

Kroner se había puesto tranquilamente un cigarrillo en la boca.

—La última dirección que tengo de Bulber es ésta —dijo—. Me la dieron anoche.

—¿Quién?

Kroner ya no tuvo tiempo de contestar.

Los dos gorilas venían hacia él.

Uno sólo llevaba por delante los puños, pero el otro llevaba algo más: una pesa en la mano derecha.

Kroner no los esperó.

Saltó hacia la barra fija.

Se colgó de ella, en un alarde de agilidad, e hizo el péndulo con una rapidez que nadie esperaba. El tío de la pesa venía volando.

Se paró en seco.

Los dos pies de Kroner habían dado contra su cara. El fulano se vino hacia atrás mientras el manager corría hacia el teléfono.

Kroner se desprendió de la barra fija.

Fue a las paralelas.

Hizo el «ángel» sobre una de las barras, sosteniéndose con la mano izquierda.

Giró sobre sí mismo.

Y cayó justamente al lado del cable telefónico, que arrancó de un seco tirón.

El manager movió el puño izquierdo.

Era zurdo, el tío, a pesar de que lo disimulaba pellizcando a las mujeres con la mano derecha.

Un momento después, ya no se acordaba.

Kroner lo había enviado contra las cuerdas de un seco gancho.

El otro aficionado a las pesas venía como un tren.

Y Kroner le envió un parachoques.

Había echado hacia atrás un gigantesco saco de arena de los que se emplean para endurecer los puños.

Lo soltó.

El tío vio el saco.

Y una estrella así de gorda.

Y nada más.

Mientras tanto, el del doble punterazo volvía a la carga, pero ahora llevando por delante una colchoneta para tapar con ella a Kroner y derribarle. Y al mismo tiempo no recibir él, claro. Kroner se retiró a tiempo, le puso una zancadilla y su enemigo se fue hacia una de las ventanas con colchoneta y todo.

Cerca de la ventana estaba la gorda de Nia.

Nia también venía a la carga.

Pero la que se encontró con la colchoneta fue ella, y los dos rodaron estrepitosamente.

—¡Idiota!

Era Nia la que acababa de hablar. Propinó un golpe de karate al de las pesas.

Y menos mal que el fulano ya se había traído la colchoneta por si acaso.

Se quedó durmiendo sobre ella.

El manager también se estaba moviendo.

Demostró que él practicaba muchos deportes.

Por ejemplo el tiro.

Había sacado una «Browning» de uno de los cajones y se disponía a convertirse en algo así como en el campeón olímpico de tiro contra el intruso. Apuntó a Kroner con más ganas, que si éste fuera un cobrador de contribuciones o un vigilante de la zona azul.

Kroner saltó bajo el *ring*.

La bala arañó la lona.

Cuando el manager iba a moverse, porque había perdido a su enemigo de vista, Kroner le sujetó por uno de los tobillos y casi lo alzó en vilo. El manager lanzó un grito.

Un momento después se había estrellado contra una de las paredes.

Ahora fue Sonia la que aplaudió.

Dijo, con voz suave:

—*K.O.*, fuera del *ring*. ¿Cuento hasta veinte?

Kroner la miró con curiosidad.

Buena chica, aquélla.

Buena fachada. Buena retaguardia. Buenos cimientos y buen tejado. Bueno todo.

—Sólo he venido aquí de visita —murmuró Kroner—, pero ya

ves: las cosas se complican a veces.

—¿Cómo te llamas?

—Kroner.

—No te he oído nombrar nunca.

—Eso es normal. A mí sólo me oye nombrar la gente que ya está perdida.

Ella sonrió.

Tenía una sonrisa alegre y sana. Se notaba a diez millas que no estaba podrida. Era una de esas chicas que quieren vivir solo del deporte; lo que ocurre es que, en la vida moderna, al deporte hay que «comercializarlo» un poco.

—¿De veras buscas a Bulber?

—Sí. ¿Sabes dónde está?

—Viene poco por aquí. Yo sólo le he visto una vez.

—¿No te ha citado nunca a solas?

—Una vez lo intentó. Me dijo que podía ganar dinero largo.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Que no me fastidiara más, porque le iba a dar un crochet corto.

—¿A qué sitio quería que acudieses?

—A un club llamado Merriman.

—Lo conozco. Es un antro. Hace años lo fundó, en la Cuarta Avenida, un enemigo del rey Faruk.

—Pues allí quería que fuese. Naturalmente, no he puesto los pies en ese sitio. Cada vez que paso por delante, me doy una ducha luego.

Kroner chascó dos dedos.

Recogió del suelo el cigarrillo que antes había tenido que tirar.

—Buena chica —repitió—. Abur.

—¡Eh, tú! ¿Adónde vas ahora?

—Al Merriman. Quiero saber si Bulber también me hace proposiciones deshonestas.

—¡Muy bien! ¿Pero qué hago con éstos?

—Muy sencillo. Los ponéis debajo de una colchoneta y que Nia se siente encima.

Cerró suavemente al salir sin hacer ruido, no fuera que los «dormidos» tuvieran un sobresalto.

CAPÍTULO VI

El inspector Barklay salió del depósito de cadáveres. Sus facciones se habían vuelto de color gris.

Pero no podía decirse que el fulano estuviera disgustado. Al contrario. A él le parecía que la ciudad «se animaba». Tíos como Kroner eran los que hacían falta cuando se presentaba un fin de semana aburrido.

Gritó desde la puerta:

—¡Mátenlooooo...!

Sus hombres le esperaban en el coche patrulla. Dos de ellos jugaban a naipes sobre el techo.

—¡Póquer de corazones!

—¡Tramposo!

Se volvieron.

Dejaron de insultarse y dejaron también las cartas.

—¿A quién hay que matar, jefe?

—A Kroner. ¡Orden, de tirar a dar! Nada de legalismos ni de gritos de aviso. ¡Pepinazo en cuanto lo veáis! Ya me encargaré luego yo de explicárselo al fiscal del distrito.

—Para eso hace falta que lo veamos, jefe.

—¡Eso es lo que quiero! ¡Tenéis que cribar toda la ciudad! ¡Se está moviendo por Manhattan, imbéciles! ¿Qué necesitáis para verle? ¿Que vaya por ahí llevando una pancarta con un desnudo de Britt Eckland?

—Tampoco hay para ponerse como una fiera, inspector. El tío se mueve más rápido que las manos de un sobón en un autobús lleno. Apenas se ha señalado su presencia en un sitio cuando ya está en otro.

—¡Y mientras tanto los de la Brigada no estáis en ninguna parte! ¿Habéis visto los muertos que hay ahí dentro? ¿Habéis visto qué trabajo?

Sus agentes le miraron.

—El que tendría que estar muerto es usted, jefe.

—Aún no entendemos cómo quedó vivo.

—Lo lamentáis, ¿verdad? ¿No es eso lo que estáis pensando, granujas? ¿No habéis estado repitiendo durante dos días que ha sido una lástima que aquel punzón para hielo no me atravesara el corazón?

Uno de los agentes chascó dos dedos.

—Yo le salvé la vida, Barklay.

—¿Tú, cerdo? ¿Tú, de qué...?

—Me birló aquel mazo de naipes con señoras, y se lo puso en el bolsillo. ¡Menudo mazo de naipes! ¡Lo grueso que era! ¡Y lo buenas que estaban todas aquellas inocentes chicas! ¿Pero no se da cuenta de la suerte que tuvo, jefe? ¿Es que no ha pensado la chiripa que representa el que el punzón de partir hielo se empotrara precisamente en el grueso mazo de naipes que usted llevaba en un bolsillo, encima del corazón? ¡Y todo eso me lo debe a mí, maldita sea!

Barklay escupió a una de las ruedas del coche.

Por poco se carga un tapacubos.

—¡Yo a ti no le debo nada, marrano! —Barbotó—. ¡Fue una chiripa y basta! ¡Y aún hubiera podido presentar batalla si no llegan a atizarme aquellos golpes en la cabeza!

—Eso le salvó. ¿De qué se queja? Creyeron que estaba muerto a causa del pinchazo en el corazón cuando, en realidad, solamente estaba sin sentido.

Otro de los agentes le apuntó con el dedo.

—Menos darse bombo, Barklay —dijo acusadoramente—. Todo esto ha pasado porque usted falló.

—¿Fallé? ¿En qué fallé yo, maldita sea?

—Le birlaron la foto. Y gracias a eso, los traficantes de drogas de la Maña saben quién es Kroner.

—¿Y qué?

—Pues que se lo van a cargar, cuando usted tenía interés en que no pasara nada.

Barklay no contestó.

Hizo un gesto de hastío.

Subió al coche patrullero y se hizo conducir a las oficinas

centrales del Archivo de la Policía Metropolitana. Quería comprobar personalmente los datos de algunos de los fiambres que acababa de ver.

—Sucia gentuza —barbotó—. Eran de lo peorcito de los traficantes de la Mafia... Nadie lamentará su muerte. ¡Tenían que haberlos arrojado a la calle desde el último piso del edificio Rochester! ¿Y la chica? ¿Habéis visto a la chica? ¿Sabéis ya lo estupenda que estaba?

El conductor del patrullero dio un vaivén al volante.

Por poco se lleva por delante una farola.

—¿Una chica estupenda? —barbotó—. ¿Dónde? ¿Dónde...?

—¡La muchacha drogada que aquellos buitres tenían a su disposición, so cerdo! ¡No quieras saber lo que le hicieron en el rato que la tuvieron allí! ¿Y sabes lo que le ha pasado al darse cuenta? ¿Alguien te ha explicado los sentimientos cuando recuperó un poco el dominio de sí misma? ¡Pues yo te los explicaré, perro! ¡Está a punto de volverse loca! ¡Resulta que era una chica que sólo contaba quince años! ¡Resulta que era de una familia honrada! ¡Resulta que tenía novio! ¡Y te diré algo más, so bestia!

—Mejor que no diga tantas cosas, Barklay. Se está yendo de la lengua.

—Bueno, retiro lo de «bestia». Pero te diré lo que ya tenía en la punta de la lengua: ¡esa muchacha era la ahijada de Kroner!

—¿Queeeeé...?

—Sí. Kroner trabajó con su padre, un tiempo en que necesitó vivir como un hombre honrado para desorientar a la policía. Como ese pobre tipo con una niña pequeña estaba enfermo, Kroner le prestó dinero y cuidó de la hija durante una larga temporada. Dudo que luego volviera a acordarse de ella. ¡Pero la otra noche la volvió a tener delante de los ojos! ¡No me digáis nada, machos! ¡El mundo es un pañuelo!

—Un pañuelo sucio —barbotó uno de los agentes—. ¡Buaaaf!

Otro gruñó:

—¿Cree que pudo reconocerla?

—¿Y quién lo sabe? Una niña de cinco años no tiene apenas nada que ver con una chica de quince. Yo creo que no la reconoció. Pero quizá sí... Buena prueba de ello es la escabechina que hizo.

—¿Y en el gimnasio qué...?

—Todos los buitres de aquel gimnasio ya están entre rejas, pero nadie ha dicho una palabra —barbotó Barklay.

Y, mirando por la ventanilla, dijo distraídamente:

—¡Cuerno! ¡Hay que ver lo baja que vuela aquella avioneta! ¡Casi roza los rascacielos, la muy bestia! ¡Desde esa altura debe ver hasta las chicas que se meten en la cama!

—Y las suegras que lavan los platos —murmuró uno de los policías.

Barklay hizo un gesto de hastío.

—¡Cállate de una vez! ¿Por qué tienes que estropear siempre lo que yo digo, Charlie? ¡Ahora que me había salido una frase llena de poesía...!

La avioneta aterrizó en el aeropuerto de Laguardia, que antes fue el mayor de Nueva York y uno de los más importantes del mundo, y que ahora tiene una simple misión auxiliar. Tomó pista junto a otras docenas de avionetas pertenecientes a un club privado y se deslizó con suavidad a poca distancia del hangar.

El piloto fue el primero en saltar.

Llevaba dos pasajeros.

Uno de ellos estaba muy fichado por la policía, a causa de lo cual había tenido que maquillarse ligeramente el rostro. Antiguo subcampeón olímpico de tiro, era capaz de meter la bala en el centro de una moneda de medio dólar a quinientas yardas de distancia. Por eso lo tenía a su servicio el segundo pasajero, a pesar del peligro de que la policía lo reconociese.

Ese segundo pasajero era alto, fuerte.

Se le notaba un poco gastado por alguna enfermedad o por alguna mala temporada. Pero conservaba una envidiable agilidad y una notable fuerza. Caminó por la pista al lado del piloto mientras susurraba:

—¿Seguro que la documentación está bien preparada? ¿No notarán absolutamente nada?

—Seguro... El trabajo lo hizo un profesional y es sencillamente perfecto. Y, además, a mí me conocen bien en este aeropuerto porque transporto viajeros diariamente, de modo que soy como una garantía.

—En eso confío, William.

—Y yo confío en cobrar mañana el resto del precio.

Espero que nada falle.

—Nunca he dejado de pagar una deuda —murmuró el hombre que iba junto a él—. Aunque a usted le parezca mentira, mi negocio también es un negocio de con fianza.

Y sujetó mejor el maletín que llevaba en la mane derecha.

—¿Qué hay en el doble fondo? —Susurró el piloto—. Espero que no lo estropee todo al pasar por la Aduana.

El viajero murmuró:

—No descubrirán nada. En el doble fondo hay una pistola con cargador doble y una bomba de mano.

Le dirigió una sonrisa crispada y añadió:

—Cuestión de confianza...

CAPÍTULO VII

Kroner cruzó la calle.

Lo hizo con la mayor naturalidad, puesto que no le convenía diferenciarse en nada de un ciudadano corriente. Rodeó la esquina y vio los anuncios luminosos.

El Merriman.

Uno de los negocios de Bulber.

Un bonito estuche de oro para una serpiente como él.

Kroner sabía que ahora las cosas iban a ser más difíciles, cada vez. Los hombres de Bulber estarían acechando, sabiendo que le buscaba y que había organizado ya unas buenas sesiones de escabeche entre sus pistoleros.

Kroner llevaba la «Luger».

No había conseguido ningún arma más, puesto que no contaba en Nueva York con ninguna clase de ayuda. Pero tenía, en cambio, un largo y fino estilete que había quitado a uno de los gorilas del gimnasio.

Pasó de largo ante el club.

Eso le sirvió para mirar al conserje.

Era un antiguo matón de los *gangs* del Hudson. Un tío que se había ganado el «buen nombre» a pulso, matando a puñetazos, por cuenta de los Sindicatos, a algunos fornidos *dockers* de los muelles.

Si dentro había más tipos como aquél, andaba listo.

Y era seguro que los había.

El conserje no le vio porque Kroner había pasado mezclado con otras personas. Se situó a la entrada misma del callejón y esperó unos pocos segundos.

El camión del reparto no falló.

Siempre llegaba a aquella misma hora para descargar cajas de botellas y llevarse las vacías. Penetró en el callejón como una flecha y se detuvo al fondo del mismo*

No se dio cuenta de que llevaba un pasajero.

El conductor y su ayudante descendieron.

Llamaron a la puerta de una forma convenida.

No entendían bien a qué venía aquella precaución, pero en el Merriman les habían pedido que durante unas noches obraran de ese modo. De forma que lo hicieron, y aguardaron.

Pronto sintieron sueño los dos.

Un sueño terrible.

Kroner había movido las manos casi al mismo tiempo.

Dos golpes en la nuca.

Dos cuerpos que resbalan. Dos tíos que caen.

Y una caja de bebidas que se levanta.

El guardián de aquel lado abrió la puerta tras oír la señal convenida.

—¿Qué? ¿Ya estáis aquí, muchachos?

Sólo vio la caja de bebidas a la altura de su cabeza.

Muchas bebidas.

Muchas estrellas.

Muchos recuerdos para la madre del bestia que le había golpeado de aquel modo.

Después de estrellarle toda la caja contra la cara y destrozársela totalmente, Kroner pasó y cerró la puerta a su espalda. El guardián, que estaba ensangrentado y moribundo, aún tenía impreso en el rostro un gesto de rabia.

—No sé de qué te quejas —masculló Kroner—. Es *whisky* escocés legítimo...

Y siguió adelante.

Unas escalerillas llevaban al sótano donde debía estar el almacén del club, cosa que no tenía ningún interés para Kroner. En cambio, el pasillo que llevaba a la sala de fiestas sí que le convenía seguirlo.

Anduvo unos pasos.

Una sombra pareció desprenderse de una de las paredes.

—¿Bill...?

—Número equivocado, amigo —dijo Kroner.

Bill era el tipo que acababa de despachar en la puerta con la caja de botellas de *whisky*. Y el que le hablaba era algo así como el «acomodador» del pasillo. El que controlaba a la gente.

Kroner movió apenas el puño derecho.

En apariencia, fue un puñetazo sin importancia dirigido a la zona del corazón.

Pero el fino estilete se hundió hasta el fondo en el pecho del vigilante. Éste no pudo ni gritar.

La herida había sido mortal, fulminante.

Kroner tuvo que sujetar al individuo, para que no se le escurriera hasta el suelo.

Lo metió de espaldas en los lavabos.

Lo dejó sentado en un sitio muy discreto, sin levantar la tapa, y cerró la puerta.

Ahora tenía el camino libre.

Desde el fondo del pasillo veía la sala de fiestas, donde en aquel momento una chica actuaba bajo los focos que llenaban la pista de una luz plateada. Era una chica inocente, si es que aún quedan. Un alma cándida. La pobrecilla se estaba quitando una media y no podía, al habérsele enganchado ésta en un tacón del zapato. ¡Había que ver los apuros que pasaba la chica! ¡Y con toda aquella gente tan curiosa que la estaba mirando...!

Kroner ahogó una sonrisa.

Conocía a la chica.

Unos meses antes de que a él le metieran en la cárcel, es decir, cuatro años antes, se quitaba la ropa en un tugurio para marineros de la base naval militar de Norfolk. Como había que hacer muchas sesiones diarias, en dos minutos estaba como *madame Pompadour* o como Eva. La llamaban *la Relámpago*. La mitad de la gente se quedaba sin enterarse. ¡Y ahora resultaba que su falta de experiencia la hacía encallarse con una media!

Los ojos de Kroner se desviaron.

No había venido a por la chica.

Al cuerno.

Buscó la puerta que debía dar a las oficinas de Bulber.

Seguro que el pájaro estaba allí, puesto que ponía tanto entusiasmo en que le vigilaran la jaula. Claro que todo aquello podía ser una pantalla para guardar las apariencias, pero Kroner no lo creía.

Dobló a la izquierda por otro pasillo.

Una puerta acolchada en cuero.

Otro guardián.

Una cara de mala jeta.

Una pistola.

Kroner disparó el estilete que había arrancado antes del corazón de su primer enemigo.

Alcanzó al otro en mitad del cuello, produciéndole una herida que tenía que ser mortal. Pero el vigilante aún pudo alzar el arma después de montarla.

Kroner hubo de dar al aire uno de los puntapiés más rápidos y precisos de su vida entera.

Con la punta del zapato pudo arrancar la pistola de entre los dedos de su enemigo antes de que éste disparara. Luego lo abrazó para que no cayese.

Lo utilizó como parapeto.

Y abrió la puerta.

Una voz dijo desde el interior:

—¿Qué te pasa ahora, Phil?

—Phil tiene dolor de riñones —musitó Kroner—. Necesita que le den un masaje.

Los ojos del hombre que estaba detrás de la mesa se alzaron. Denotaron una terrible, una indescriptible sorpresa.

Vio el cuerpo de Phil. Y detrás aquel fulano cuya fotografía había tenido ocasión de aprenderse de memoria. Y una «Luger» que sólo estaba esperando tener una ocasión de demostrar lo bien terminada que la habían dejado.

Por su parte, Kroner también vio aquellos ojos asustados y bovinos. Vio los ojos de Bulber, el tipo que primero había tenido entre sus brazos a la muñeca del edificio Rochester. Vio la cara del buitre que era el peor enemigo del imperio de Kroner. El que le disputaba el negocio de las drogas en toda la costa atlántica.

Bulber estaba petrificado.

Alzó un poco las manos mientras balbucía:

—Im... posible...

—Pues estoy aquí, Bulber. Y te juro que no he entrado por la chimenea.

—Mis hombres me han traicionado.

—Te equivocas. Lo que van a hacer tus hombres es pedirte un anticipo para alquilar una habitación en el infierno.

—Kroner... Kroner, sucio hijo de perra... Podemos llegar a un acuerdo.

—Tu gente me denunció hace cuatro años. Por su culpa he pasado la mejor parte de mi vida entre rejas.

—Yo no fui.

—¿Y qué importa el que hace el gesto? Lo que importa es lo que está detrás, y detrás está la bendita organización que tú representas, Bulber. De modo que ya puedes ponerte a rezar porque el próximo fin de semana lo vas a pasar en la fosa. Dicen que allí no cobran impuestos.

—Kroner, no pierdas esta oportunidad. Seamos sensatos... Sé que lo que a ti te interesa es el negocio en la costa atlántica.

—Me interesaba cuando llegué a Nueva York, hace cuatro años.

—¿Y ahora no...?

—Ahora lo quiero en mejores condiciones que entonces. Hace cuatro años me hubiera servido de todas las redes de distribución de la Mana, e incluso de sus altos cargos, pagando una comisión aceptable. Ahora no. Ahora quiero que toda la red sea absolutamente nueva y hecha a mi imagen y semejanza.

—¿Vas a traerte... vas a traerte gente de Los Ángeles y San Francisco?

—Ése es mi propósito.

—¿Cómo no han venido ya?

—La policía hizo una serie de detenciones —barbotó Kroner—. Sabían que yo iba a salir y se cubrieron enchironando a mi mejor gente por motivos estúpidos, para dejarme sin colaboración en los momentos difíciles. Pero no importa. Meterme en esta madriguera de conejos y destruirlos a todos, es algo que puedo hacer yo solo.

La mandíbula de Bulber temblaba.

Susurró:

—Piénsalo, muchacho. No vayamos a estropearlo todo ahora, cuando hay tanto dinero a ganar para los dos.

Kroner escupió la pregunta:

—¿Estáis de acuerdo con la policía?

—¿Por qué supones eso?

—Porque la detención de mis mejores hombres en la costa del Pacífico me da motivos para pensarlo. Parece como si hubieran querido dejarme solo para que vosotros me liquidarais cuanto antes.

—Te juro que no estamos de acuerdo con la policía. Pagamos a muchos de sus hombres, eso ya lo sabes. Pero para este asunto, no. Y te juro también que esta vez respetaríamos escrupulosamente el acuerdo, Kroner. Dalo por hecho.

Kroner, sin dejar de sostener al muerto, envió a Bulber una sonrisa helada.

—No quiero hablar sólo contigo. Quiero hablar con los que están más arriba.

—Tengo autorización para cerrar un trato, Kroner.

—Insisto en que quiero hablar con los que están más arriba.

—Es qué... más arriba que yo... sólo hay una persona.

—¿Quién?

—No voy a decirte su nombre.

—¿Quién?

Bulber sudaba.

—¡Kroner, te has vuelto loco! ¡Tú sabes que hay una barrera que no puedo pasar! ¡Nunca te diré su nombre!

—Si he de llegar a un acuerdo con vosotros exijo tratar con lo más alto. De modo que habla.

—El jefe es... un millonario.

—Ya doy por descontado que el mandamás de la Maña en toda la costa atlántica, el que trafica con millones de dólares en drogas, no pedirá limosna en Times Square. Con eso no me dices nada.

—Te aseguro que...

—¡Su nombre!

Kroner se había distraído un momento, sólo un brevísimo momento. Pero aun así, todos sus sentidos estaban alerta.

En el fondo de su cerebro parecía encenderse con intermitencias una lucecita lo ja.

Bulber estaba alargando aquella conversación. Quería dar tiempo a que uno de sus auxiliares llegase por el pasillo, cazando de espaldas a aquel perro de Kroner.

Y, de pronto, los ojos de Bulber brillaron.

Fue solo unas décimas de segundo.

Pero hubo bastante.

Kroner comprendió que, al avanzar alguien por el pasillo, debía encenderse una lucecita sobre un tablero de control en la mesa de Bulber, tablero que Kroner no llegaba a ver. Pero el momentáneo

brillo en los ojos de su enemigo le indicaba que éste acababa de captar la señal.

Se volvió rapidísimamente, llevando siempre por delante al muerto a modo de coraza protectora.

Fue eso lo que le salvó, porque de lo contrario la pequeña granada de gas le hubiese triturado. La detonación apenas produjo un «plaf» al hundirse en la carne del muerto, de la cual brotó una humareda. Aquellas balas resultaban mortales siempre, alcanzaran donde alcanzaran, porque el gas letal, al mezclarse con la sangre, producía efectos fulminantes. De modo que el hombre que colgaba de los brazos de Kroner la diñó de nuevo, si eso fuera posible.

Fue una especie de muerto con reenganche.

Kroner disparó por debajo del codo de su hombre-parapeto. La detonación llenó el pasillo, pero el tipo que acababa de disparar quedó materialmente clavado en la pared por la fuerza de la bala.

En cuanto al ruido del disparo, Kroner tuvo mucha suerte esta vez. Sonó cuando la sala se estaba llenando de aplausos que ahogaban cualquier otro sonido.

La razón estaba clara.

La niña ingenua había acabado por quitarse la media. ¡Milagro! ¡Resultaba que sabía hacerlo, la pobrecilla!

Kroner se volvió instantáneamente.

Bulber había dispuesto de una ocasión de oro para balearle, mientras él estaba de espaldas. Pero Bulber tenía tanto miedo que no la aprovechó. Lo que hizo fue huir. Saltó hacia atrás y abrió febrilmente una puerta que estaba a espaldas de su mesa.

Aquella puerta daba a otro pasillo y a su garaje. Seguro que allí había más guardianes, por lo que Bulber podría propagar la alarma.

Pero de todos modos, Kroner no se inmutó demasiado.

Cerró aquella puerta.

Abrió los cajones de la mesa de Kroner. Echó un vistazo a los papeles y guardó una voluminosa agenda llena de nombres y de cifras. Luego se dispuso a continuar el registro en los armarios.

Abrió el primero.

Nada. Un abrigo y un paraguas-estoque.

Abrió el segundo.

Y allí sí que Kroner no pudo disimular una brusca expresión de sorpresa.

Porque las puertas de madera no daban a un tal armario, sino a una habitación. Y dentro de la habitación había una ninfa.

Una chica de sensacionales piernas.

De caderas firmes y prietas.

De labios que estaban pidiendo: «¡Bésame, idiota! ¡Prueba a ver qué pasa!».

Una chica de apenas veinte años.

Pero que no podía moverse de allí, porque estaba en el suelo atada de pies y manos. No podía ponerse en pie y preguntarle, por ejemplo, a Kroner: «¿Ves lo estupenda que estoy?».

A la chica, además, le habían golpeado en la cabeza, porque tenía una leve mancha de sangre en el pelo.

Toda una lástima.

CAPÍTULO VIII

La chica le miraba con ojos desencajados.

Era muy natural, puesto que Kroner no debía ofrecer una imagen demasiado tranquilizadora con la «Luger» en la mano. Además, al abrir las dos puertas del falso armario, había hecho que se viera en el suelo el muerto que hasta entonces sostuvo en sus brazos. De modo que a Kroner no le extrañó la mirada de horror de la chica, y si algo le pareció raro fue el hecho de que no gritase.

No se dio prisa.

La desató.

Partía de la base de que Bulber ya podía haber dado la alarma, pero sabiendo que Kroner estaba armado no le atacaría allí, en el propio local. No le convenía armar en el Merriman una zarabanda de tiros y una ensalada de muertos, puesto que la policía no estaba esperando más que un motivo para clausurarlo y registrar sus libros. El jaleo lo iba a tener Kroner una vez fuera, cuando tratase de salir.

Paradójicamente, el club era el lugar en que podía sentirse más seguro, de momento.

Puso en pie a la muchacha.

Daba la sensación de que las piernas se negaban a sostener a ésta. ¡Y eso que no las tenía lo que se dice enclenques!

Ella se frotó las muñecas.

Bisbiseó:

—Gracias... Supongo que es usted de la policía.

—Frío, nena, frío.

—¿Quién es usted?

—La primera reacción es la que vale, chata. Has tenido razón al asustarte. Mi nombre es Kroner.

—Eso no me dice nada.

—¿No trabajas aquí?

—Es la primera vez que vengo.

—¿A pedir un empleo?

—No.

Kroner le dirigió una sonrisa helada.

—Preciosa, no me digas que has venido aquí a ponerle a Bulber una banderita, por ser el día de la Cruz Roja.

Ella parecía completamente destrozada.

Hundió los hombros al apoyarse en la pared. Con voz completamente insegura, musitó:

—Tenía un asunto particular con Bulber.

—¿Qué clase de asunto?

—Si usted no es policía, no tiene por qué saberlo.

—A otro perro con ese hueso, nena. Caso de haber querido tú contarles cosas a los policías, lo hubiera hecho antes de venir aquí. De modo que suelta la ópera completa con acompañamiento musical. Empieza por la *Traviata*, amor. Es una ópera muy cuca.

Parecía no entender a aquel tipo.

Al fin musitó:

—Hubiese querido matar a Bulber. Estaba tan loca que me parecía fácil. Pensaba que una mujer bonita podría llegar hasta él, sin que le registrasen y sin que sometieran a molestias.

—Ya hace falta ser inocente para eso, amor. ¿De qué escuela de infancia vienes?

—No se burle, por favor. Es lo único que me falta.

—Tienes razón; perdona. ¿Pero por qué querías matar a Bulber?

—Hace muy poco los periódicos han publicado una noticia muy espectacular, pero se han callado la parte más importante. Es decir, se la han callado a la fuerza, porque la policía les ha ocultado lo más grave de lo que sucedía.

—¿A qué te refieres?

—A los cinco negros que aparecieron muertos en el Rochester Building de la Avenida Doce.

Kroner apretó los labios suavemente.

—Sí —dijo—; los periódicos no explican cómo murieron, por la sencilla razón de que la policía se ha cerrado de banda. Y ni los mejores reporteros de la ciudad han podido husmear aún la menor pista. ¿Pero a qué parte más importante te refieres?

—A la chica.

Kroner se hizo el inocente.

—¿La chica...?

—Sí. La pobre muchacha drogada que se había vendido a ellos a condición de que le diesen la ración de varias semanas. La que empezó por venderse a ese cochino de Bulber.

—¿Cómo sabías tú eso?

—Ella me lo contó antes de hacerlo, pero creí que bromeaba. Pensé que estaba borracha. Nunca hubiera podido imaginar que llevase la droga en la sangre de tal manera, que estuviera podrida tan hasta el fondo.

Kroner le había puesto una mano en el hombro.

La zarandeó sin darse cuenta.

—¿Cómo sabías tú todo eso? ¿Por qué te lo contó? ¡Habla!

—Porque ella es mi hermana.

La mano de Kroner se cerró con tal fuerza en torno al hombro de la chica, que debió hacerle daño. Pero ni ella ni él llegaron a darse cuenta.

La sencilla frase había quedado como flotando en el aire.

Kroner susurró:

—¿Tu hermana...?

No cabía duda de que la hermosa muchacha decía la verdad. Kroner era buen fisionomista, y los rasgos faciales de la que ahora tenía delante coincidían bastante con las de la que había visto en aquella inmundicia habitación del edificio Rochester. Pero ésta debía ser unos cuatro o cinco años mayor que aquélla.

Retiró la mano, poco a poco.

—La policía te contó la verdad a ti con tal de que no hablaras con los periodistas, ¿es así?

—Me lo hicieron prometer. Me pidieron silencio durante una semana.

—Es natural. Les conviene fingir que en la ciudad no pasa nada, y que las cosas que pasan son inexplicables. Todos tan contentos y a pagar los impuestos, que es lo que interesa.

—Yo tampoco tengo el menor interés en hablar con los periodistas... ¿Qué sacaría de eso? Pero cuando supe, en un descuido de un policía, que los muertos eran hombres de Bulber, ligué cabos con lo que mi hermana me había dicho. Me permitieron hablar unos minutos con ella, en el hospital, y entonces me di cuenta de hasta qué punto ese cerdo de Bulber era responsable.

—¿Y quisiste vengarte de él?

—Sí.

—«Pues lo has hecho muy bien. La próxima vez te pondrán una medalla de plomo en las narices, nena.

—»Reconozco que... ha sido una ingenuidad terrible».

—¿Cómo suponías que podías pasar con un arma escondida? Esta gente tiene detectores en todas partes.

—Me he dado cuenta... demasiado tarde.

—¿Qué intentaban hacer contigo?

—Lo mismo que... con Evelyn.

Kroner se mordió el labio inferior.

Bonito panorama.

Aquella muñeca entregada como trofeo a la jauría de perros rabiosos de Bulber.

Lo mismo que habían hecho con Evelyn...

—Pues has estado de suerte, muñeca —dijo, con forzada indiferencia—. Un poco más y lo consiguen. ¿Cómo te llamas?

—Eva.

—Está bien, Eva. Lárgate.

—¿Por dónde?

—Sólo tienes un recurso. Mézclate por entre las mesas de la sala de fiestas como si fueras una chica de las que alternan. Supongo que si tienes buena suerte podrás largarte a la calle con cualquier viejo, en cuyo caso no se atreverán a molestarte los gorilas que habrá en la puerta. Pesca al tío más asqueroso que veas y le dices que tu apartamento va a ser el paraíso de Mahoma. Déjale que largue las manos. Le dices que no le vas a cobrar ni la gasolina del coche y verás qué bien sale todo. En cuanto estéis en la calle, le largas al tío un puntapié en cierto sitio y te vas a toda prisa a telefonear para que le manden una enfermera.

—¿Y si tengo mala suerte...?

—Dudo que una ninfa como tú no pesque a un tío en diez minutos, nena. Pero si tienes mala suerte, los mismos gorilas de vigilancia te echarán. Creerán que eres una intrusa.

Ella asintió levemente.

—De acuerdo, Kroner. Nunca te lo agradeceré bastante.

Y se empinó sobre las puntas de sus pies.

Eso que era alta.

Y depositó un beso en los labios del hombre.

Kroner no se inmutó.

Sólo pensaba en lo que hubiera sucedido si él llega un poco más tarde.

—Adiós, Eva. Y sobre todo no digas a la policía que me has visto aquí. La policía y yo no estamos lo que se dice en buenas relaciones. La última vez que me enviaron una cesta de Navidad fue en 1927.

—Me doy cuenta de que no eres lo que se dice un polizonte, Kroner. ¿Pero qué buscas aquí?

—Quería saber cosas de Bulber.

—Bulber representa a la Maña en cuanto se refiere al tráfico de drogas de la costa atlántica.

—Lo sé.

—Quiero decirte algo más, Kroner. Es la única forma de pagarte de algún modo el favor que me has hecho.

—Está bien... Habla. Pero si vas a darme las medidas de tus caderas, más vale que lo dejemos para otro día, nena.

Ella le miraba fijamente.

Susurró:

—Mi hermana me contó apresuradamente algunas cosas, y yo he podido escuchar un par de indiscreciones de los sicarios de Bulber. Pensaban seguramente que no tendría ocasión de repetírselas a nadie. La indiscreción más importante es el nombre de alguien que parece estar por encima de Bulber.

Kroner se estremeció.

Toda su sangre fría pareció fallar durante un breve momento.

—¿Has oído ese nombre? —musitó.

—Sí, y supongo que tiene importancia.

—En gran parte he venido por eso. ¿Qué nombre es el que han dado como perteneciente a un tipo que está por encima de Bulber?

—El del millonario Patton.

Kroner cerró un momento los ojos.

Repasó sus recuerdos. Y éstos le trajeron al instante una imagen tan precisa que hizo un gesto de estupor.

—Patton tiene buena fama —susurró.

—No lo niego.

—Obras de beneficencia, limosnas, becas culturales...

—Suele ser la pantalla de costumbre —dijo Eva—. Yo creo que

eso más bien hace sospechar que otra cosa.

—No te falta razón. Yo mismo me había hartado de dar limosnas a centros benéficos de California.

—¿Tú qué...?

—Dejémoslo.

—No puedo decirte más —bisbiseó ella—. Si es importante o no, yo no debo juzgarlo.

Kroner tenía una expresión pensativa. Había llegado a olvidarse incluso del peligro que corría.

—Mirando las cosas con calma, la verdad es que todo encaja —musitó—. Patton tiene un rascacielos de su propiedad en la parte más tranquila de New Jersey. No tolera que nadie se acerque a él. Lleva más de un año sin que se le vea por ninguna parte.

—Eso yo no lo sé —susurró Eva—, pero recuerdo que un periódico lo comentaba hace tiempo.

Kroner no necesitaba saber más.

Tampoco podía perder más tiempo.

Crujieron sus nudillos mientras, con el mentón, señalaba la puerta a la chica.

—Haz lo que te he dicho. Y suerte...

Ella desapareció.

Y Kroner apretó los labios.

El que iba a necesitar suerte era él.

Había entrado sin pagar nada.

¡Pero menudo tomate se organizaría a la salida...!

CAPÍTULO IX

El hombre se acercó a la cabina telefónica.

La cabina telefónica estaba en un cruce de caminos, en lo más intrincado de Iowa, de tal modo que entre aquello y Nueva York había todo un continente de distancia. Pero el hombre que corría hacia allí tenía que decir algo tan importante para Nueva York que la angustia había llegado a secarle la boca.

Acababa de descender de un patrullero.

El hombre llevaba el uniforme de la policía estatal de Iowa. La pistola reglamentaria oscilaba en su cinto mientras corría hacia la cabina.

Otro policía había quedado en el coche.

Su misión era vigilar y esperar.

Encendió un cigarrillo, pero sus dedos temblaban de tal modo que por poco no lo consigue.

Vio a su compañero entrar en la cabina. Junto a ella estaba la parada de autobuses, pero ningún vehículo pasaría a aquella hora.

La carretera se perdía de vista, flanqueada por inmensos bosques de árboles centenarios.

El policía disco el número de la oficina central. Le respondió la voz aburrida del sargento Floyd.

—¡Pero Raf...! ¿Por qué no me llamas por radio?

—¡Maldita sea! ¡Se la han cargado con explosivos! ¡Una avioneta lanzó una bomba!

—¿Queeeeé...?

—¡Y se ha fugado, Floyd! ¡Se ha fugado!

—¡Eso es imposible! ¿Desde dónde me llamas?

—Desde la parada de autobuses de Susite Valley. Jim está conmigo, a poca distancia, en el coche...

Y se volvió para mirar el coche patrullero.

Pero lo que vio hizo que se le congelase la sangre en las venas.

Jim asomaba la cabeza por la ventanilla.

Y hasta medio cuerpo y todo.

Pero lo que pasaba era que..., ¡estaba doblado sobre la ventanilla! ¡Le habían liquidado! ¡Le habían clavado una bala disparada con silenciador desde la otra puerta!

Raf sintió el chasquido de sus propias mandíbulas.

Vio el coche que se acercaba silenciosamente.

Era un «Pontiac» negro.

Una verdadera mole.

Raf intentó llevar la derecha a la funda pistolera, mientras soltaba el teléfono. Hasta él aún llegó la voz agitada de Floyd, a través del micro.

—¡Pat! ¿Me oyes? ¡Contesta, hombre! ¿Pero qué te pasa?

El policía llegó a poner la mano sobre la culata.

Pero ya no tuvo tiempo de más.

Los cristales de la cabina fueron acribillados a balazos en el paraje solitario. Por el busco que las balas habían dejado penetró la pequeña bomba incendiaria.

La explosión apenas produjo ruido.

Lo que produjo ruido fue el terrible aullido de Pat al verse convertido en una antorcha humana.

Era una escena alucinante.

Los hombres del «Pontiac» le miraron durante unos instantes. Luego, uno de ellos dijo al conductor:

—Largo.

—¿Crees que habrá tenido tiempo de marcar el número de su oficina central?

—Eso sí.

—¿Y de dar la noticia de la fuga?

—No lo sé. Pero en todo caso el jefe ya ha tenido tiempo de llegar con la avioneta a Nueva York. Mejor que ese imbécil no haya hablado, aunque si lo ha hecho, tampoco están perdidas las cosas. Lo esencial era destruir la radio en los primeros momentos. Ahora, ocurra lo que ocurra, ya no hay nada perdido...

El «Pontiac» tomó a gran velocidad la primera curva.

Y desapareció silenciosamente.

CAPÍTULO X

El piloto entró en aquella elegante habitación situada en el mejor sitio de la Cuarta Avenida, en la zona llamada El Pasillo de Cristal. Es el sitio donde están las oficinas de lujo, los despachos de categoría y los profesionales de postín. El sitio donde los dueños tienen las barrigas más ilustres y las secretarias las piernas más bonitas. El sitio donde se manejan más millones de todo Nueva York.

El lugar en que entró el piloto era una lujosa planta donde estaba anunciada la instalación de una compañía de financiación.

Pero allí aún no se había instalado nada.

Era una tapadera.

Los dos hombres que él había transportado en su avioneta, en varias escalas, desde aquel presidio solitario de Iowa, estaban en el despacho principal. Uno de ellos era un pistolero buscado por todo el país. Y al otro aún le buscaba más gente... sin sospechar que pudiera estar allí, en el corazón de Nueva York.

El piloto susurró:

—Celebro que me estén esperando. Exactamente en este sitio y a esta hora tenía que cobrar el resto del precio.

—Perfecto. En este sitio y a esta hora.

Había una gran cartera negra sobre la mesa.

El piloto la miró fijamente.

—¿Está el dinero ahí?

—Todo lo que falta. ¿Quiere contarlo?

—Sería lo mejor, ¿no?

—Entonces ayúdeme. Pondremos los billetes sobre la mesa.

Y uno de los dos hombres, el que había estado preso en Iowa, introdujo la derecha en la abultada cartera negra. El piloto notó perfectamente, por debajo de la piel, el movimiento de la mano al cerrarse sobre algo.

Sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

Comprendió lo que iba a suceder.

Con los ojos desencajados, trató de dar un salto hacia la puerta mientras aullaba:

—¡Noooo...!

El hombre que estaba ante él sonrió secamente.

Extrajo suavemente de la cartera una pistola con silenciador.

El piloto estaba lívido.

Comprendía que ya no podía huir. Las balas le cortarían el camino.

Aquellas balas serían el resto de «su paga».

El hombre que estaba frente a él musitó:

—¿Pero qué le pasa? ¿Es que no tiene confianza en mí, hombre-pájaro? ¿No cree que voy a darle su paga?

Y dejó caer la pistola sobre la mesa.

—Con el dinero siempre hay que llevar un arma para cubrir cualquier eventualidad —dijo—. No sé de qué se ha asustado, hombre-pájaro. Lo que le pasa es qué ha visto demasiadas series por la televisión. Hala, tome el dinero. Y cuente.

El piloto se acercó a la mesa.

Le temblaban las rodillas.

Era inútil que contase. En este momento no se acordaba ni de los números que hay entre el uno y el veinte.

CAPÍTULO XI

El cartel decía:

CLUB NÁUTICO DE «LOS HALCONES»
PRÓXIMA INAUGURACIÓN
GRAN LUJO

El hombre vio aquello a través de sus prismáticos, desde el otro lado del Hudson, y cabeceó afirmativamente. Lo de «gran lujo» no era ninguna filfa. Había unos soberbios pabellones junto al agua, bastante más arriba de Nueva York, un magnífico campo de golf y unas instalaciones náuticas de primer orden. En aquella zona el agua del Hudson estaba limpia, al librarse de las poluciones de la gran ciudad. Y los campos, a los lados, tenían un magnífico color verde esmeralda que las sombras del crepúsculo hacían todavía más hermoso.

Sólo los millonarios podrían dedicarse a ir allí, pagando las elevadas cuotas que el dueño del club exigiría.

Y el dueño del club, claro, era otro millonario.

Kroner retiró los prismáticos.

El estaba en la orilla correspondiente al estado de Nueva York, mientras que el club se encontraba en la orilla correspondiente al estado de Nueva Jersey. Desde allí se veía perfectamente el rascacielos del millonario Patton, en cuyos terrenos habían sido construidas las instalaciones. Patton tenía muchos negocios centralizados allí, la mayor parte de los cuales —ahora Kroner lo comprendía—, eran simples tapaderas para el tráfico masivo de drogas a todo lo largo de la costa atlántica, desde Canadá hasta México.

Normalmente, trabajaban en aquel lugar unos dos mil empleados, que dejaban sus coches en un inmenso *parking* anexo a

las instalaciones. De los dos mil empleados había que suponer que eran honrados, al menos mil ochocientos. Los otros doscientos debían pertenecer a la Mafia y controlar la parte secreta del negocio. Pero quizá ni una docena de ellos veían con frecuencia a Patton.

Patton era un auténtico solitario.

Vivía aislado en el piso más alto, rodeado de guardianes que no permitían que nadie se acercase a él. Eso le parecía a todo el mundo que era producto de sus manías, pero ahora comprendía Kroner que se trataba de algo muy distinto: Patton temía que le matasen. Su negocio tenía tantos competidores —entre ellos el propio Kroner— que su única defensa consistía en mantener el secreto y en permanecer vigilado día y noche. Por eso, para cubrir el primer requisito, la cabeza visible de la organización era Bulber. Y para cubrir el segundo, vivía en aquella especie de fortaleza a la que no podía acercarse nadie.

Kroner volvió hacia el coche que había dejado estacionado a poca distancia de la orilla, entre los árboles.

Aún tenía que esperar un poco.

Para él era esencial el que se hiciese de noche.

Se introdujo en el vehículo y cambió sus ropas de calle por un equipo completo de inmersión. Unidos a éste iban dos instrumentos mortíferos: un cuchillo de hoja ancha y una pistola con silenciador, metida en una funda; especial que impedía que el agua la dañase.

Mientras se vestía, recordaba su salida del Merriman.

Había sido apoteósica.

Menos mal que la llegada de la policía, y la confusión subsiguiente, le habían permitido alcanzar un lugar seguro, después de dejar a su espalda otros dos hombres muertos. Sin eso era muy posible que jamás hubiera salido vivo de allí.

Una vez con el equipo puesto, oteó el horizonte.

Ya estaba cerrando la noche.

Había llegado el momento de sumergirse.

Su coche no podían verlo porque estaba muy bien oculto, pero podían verle a él si se acercaba demasiado a la orilla. Había que partir de la base de que, desde lo alto del rascacielos —con una panorámica fabulosa— estarían vigilando continuamente el Hudson. Pero esa vigilancia debía ser rutinaria, porque nadie debía

saber que él conocía el nombre de Patton. Bulber no había soltado prenda, y nadie tenía el menor motivo para suponer que Eva le había dado aquella pista.

De todos modos, la vigilancia, por rutinaria que fuese, resultaría muy eficaz desde aquella altura.

Por eso, Kroner se acercó a la orilla arrastrándose y se introdujo en el agua con el mayor silencio. A aquella hora y en aquel lugar, las aguas del Hudson no eran surcadas por ningún remolcador ni por ninguna embarcación deportiva. Fue avanzando entre dos aguas, sabiendo que llegaría a la otra orilla en perfectas condiciones.

La luz todavía permitía ver.

Gracias a su equipo de oxígeno, Kroner no necesitaba emerger para nada.

Avanzó durante unos diez minutos.

Y de pronto tuvo la sensación de que alguien le seguía.

Fue una sensación confusa, una auténtica sensación de pez que advierte el peligro a su espalda.

Se volvió, mientras desenfundaba el cuchillo secamente.

Y quedó helado.

El asombro le paralizó. El frío de las aguas del Hudson pareció llegar hasta sus huesos.

No le seguía un hombre. Ni un pez. Le seguía una sirena.

Los ojos de Kroner se abrieron más de lo que hubiesen debido.

¿Dónde había visto él antes tantas curvas y tan bien puestas? ¿Quién era aquella mujer cubierta apenas con un diminuto bikini, y que le seguía con la rapidez de una consumada atleta?

Pronto pudo verla lo bastante bien para reconocerla completamente.

Y su asombro aumentó aún más.

De una manera maquinal sus labios pronunciaron el nombre:

—Sonia...

Ella pasó a su lado, emergió un momento, respiró y volvió a sumergirse. Como no podían pararse los dos en el centro del Hudson, Kroner, más asombrado cada vez, resolvió continuar su camino llevándola a ella al lado. Comprendió que no había peligro de que la viesan, porque la muchacha apenas asomaba la boca unos segundos para tragar aire.

Al llegar a la otra orilla, se cobijaron entre los tallos de hierba que llegaban casi hasta el agua. Kroner se desprendió de la careta de oxígeno.

—Pero, Sonia..., ¿cómo infiernos estás aquí?

—Te extraña, ¿verdad?

—¿Cómo no me va a extrañar? ¡No te había visto desde el gimnasio, maldita sea!

—Pues, aunque te parezca mentira, te he estado siguiendo desde aquel momento. Salí detrás tuyo poniéndome un abrigo y unas botas sobre mi maillot de lucha.

Kroner no sabía qué pensar.

Por primera vez en mucho tiempo, los acontecimientos le desbordaban.

—No tienes ni idea de quién soy realmente —murmuró—. ¿Por qué lo has hecho?

—Claro que tengo idea de quién eres realmente. A uno de los del gimnasio, apenas recobró el conocimiento, se lo oí decir.

—¿Y qué diablos dijo?

—Que tenías que ser Kroner. Por lo visto temían que aparecieras de un momento a otro.

—Y si soy Kroner, ¿qué? Ese nombre no significa nada para ti.

—Recuerdo que leí una amplia información hace ya tiempo. Yo juraría que cuatro años justos. Cuando te detuvieron, tú eras el «rey de las drogas» en toda la costa del Pacífico. Te habías «empapurrado» de millones a costa de la perdición de los demás. Y si te pescaron fue porque viniste a Nueva York a pisarle el terreno a la Mafia.

Kroner no tuvo más remedio que hacer un gesto afirmativo.

Todo aquello lo habían publicado los periódicos cuatro años antes, aunque en las fotografías siempre aparecía el culpable con la cara tapada por las manos, un abrigo o un impermeable. Pero la gente tiene memoria, y cuatro años no son demasiado tiempo.

Masculló:

—Bueno, supongamos que sea Kroner. ¿Pero eso qué tiene que ver contigo?

—Me interesas.

—¿Queeee...?

—Me has interesado desde el primer momento en que te vi.

Kroner por poco se hunde en el agua. La verdad era que estaba necesitando refrescarse otra vez la cara.

—No te habrás enamorado de mí, ¿eh, nena? —preguntó, confusamente.

—Ni hablar. No eres más que un cerdo.

—No sabes lo que me tranquiliza oírte, chata.

—Seguramente no sabes que pertenezco a la Liga Anti-Drogas del estado de Nueva York. Grupos de jóvenes cada vez más numerosos nos reunimos para luchar contra esa plaga.

—Pues qué bien...

—Los hombres como tú no nos dan más que asco. Y si estaba en aquel gimnasio era para descubrir por mí misma los caminos secretos que sigue la distribución de la droga.

—Estupendo, chata, estupendo... Pues, hala. Como yo doy asco, vuelve a nado a la otra orilla y descansa. Yo te pago la merienda.

—No lo conseguirás, Kroner. Puede que yo sea una simple aficionada, pero tampoco soy tonta. Me he propuesto conocer los caminos de la droga y quiero llegar hasta el fin.

—¿Y qué crees que yo pinto en todo esto?

—Si te diriges a ese rascacielos con tanto secreto y por caminos que nadie sospecharía, es porque ahí se oculta algo importante. Estoy dispuesta a saberlo. Después de haberte vigilado día y noche, después de haber pasado horas enteras en el portamaletas de tu propio automóvil, no estoy dispuesta a abandonar, ahora que el asunto empieza a ponerse interesante.

Kroner suspiró con una mezcla de admiración y cansancio.

No cabía duda de que la chica era de alivio.

Llegaría hasta el fin.

Era una de esas mujercitas admirables, sanas de espíritu y más sanas aún de cuerpo..., ¡ejem...!, que si se han propuesto hacer un servicio a sus semejantes se juegan la piel para llevarlo a buen término.

Pero ahora representaba para él un compromiso inesperado y que no sabía cómo resolver.

—Creo que te equivocas, Sonia —murmuró, queriendo dar a su vos una inflexión razonable—. Si hago esto es porque me fundo en simples sospechas. Esto que te parece tan importante puede no conducirme a ninguna parte.

—Ese rascacielos pertenece a Patton —dijo ella, negando con la cabeza—. No creo que te acerques a un sitio así para hacer turismo. Patton es un tipo muy extraño, aunque la gente se haya olvidado de él. Tan extraño que merece todas las sospechas.

Kroner suspiró con desaliento. Comprendió que no tenía más que dos caminos.

Uno de ellos era dar un golpe a la chica, pero en ese caso corría el peligro de que se ahogara en el Hudson. Otro, era aceptar su compañía, con todo lo que eso significaba.

Resolvió inclinarse por la segunda solución, con todos los riesgos que eso representaba.

—De acuerdo —dijo—. Voy a intentar introducirme en el rascacielos por los sótanos. Esos sótanos tienen un único punto flojo, que es el embarcadero cubierto.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí va a inaugurarse pronto un club deportivo, cuya parte fundamental estará dedicada a las regatas. Por lo tanto, hay un muelle que está cubierto y reservado sólo a algunos socios. Una especie de canal subterráneo que se adentra hasta el pie del rascacielos y por el que podrán penetrar las naves cómodamente.

—Supongo que serán las naves que carguen la droga —dijo Sonia rápidamente—. Un nuevo sistema para distribuir, ¿no?

—Tienes mucha imaginación, preciosa.

—No he dicho más que lo mismo que estabas pensando tú.

—¿Cómo debo considerarte? ¿Como una enemiga que pondrá al descubierto todos mis planes?

—Eso no lo sé aún —dijo suavemente Sonia—, pero por el momento estás haciendo algo que me gusta. Estás luchando contra ese canalla de Patton.

—Nadie ha dicho aún que Patton sea un canalla. Y, en segundo lugar, si lucho contra él es en mi exclusivo beneficio.

—Eso será más adelante. Y de las cosas que van a ocurrir más adelante no acostumbro a preocuparme.

Kroner comprendió que de nada le serviría seguir hablando. Sonia era una chica terca y decidida, que le seguiría hasta el fin de su objetivo. De modo que se limitó a señalarle el camino que seguirían bajo el agua, bordeando la orilla.

Su avance fue lento y meticuloso. Pero ahora era casi imposible

que les viesen, porque, aparte nadar bajo el agua, estaban casi completamente cubiertos por las hierbas de la orilla.

Llegaron a la peligrosa zona de los embarcaderos.

Éstos eran de madera y tenían un aspecto muy deportivo. Pero a los ojos sagaces de Kroner no se le escapó el detalle, al alzar un momento la cabeza, de que había dos hombres vigilando.

Aparentemente, no llevaban armas.

Parecían jugar con dos palos de golf.

Pero él había visto palos de golf como aquéllos, transformados en mortíferos rifles.

Hizo otra seña a la muchacha.

Pasaron en silencio bajo las tablas de los embarcaderos.

La oscuridad era ya casi completa, y Sonia debía estar muriéndose materialmente de frío. Su resistencia y su tesón resultaban increíbles. Pero no podían permanecer demasiado tiempo así o ella —y de rechazo él— pagarían las consecuencias.

Afortunadamente, ya llegaban al embarcadero subterráneo. Desde su fondo, los socios distinguidos del club, es decir, los traficantes de confianza, podrían dejar sus embarcaciones y tomar los ascensores hasta cualquier punto del rascacielos que se encontrara encima.

Kroner suponía que aquellas embarcaciones privilegiadas estarían sometidas a una vigilancia muy estrecha. Y; en efecto, al emerger un brevísimo instante, junto a la entrada, distinguió las luces amarillas que alumbraban el embarcadero y a los dos hombres armados con rifles que patrullaban por los muelles de cemento.

Éstos ya no necesitaban fingir que usaban palos de golf. A éstos ya no les veía nadie.

Kroner y Sonia penetraron nadando bajo el agua.

Pero la situación de Sonia podía hacerse insoportable, y Kroner lo sabía. Allí no habría modo de salir a aspirar aire sin peligro de ser visto. Por eso, Kroner, con un rápido gesto, se despojó de su equipo de oxígeno un par de yardas más allá de la entrada, donde aún no había riesgo de que les viesan, y se lo tendió a Sonia. De nada sirvió el gesto de ella para rechazarlo: Kroner ya se había hundido bajo las aguas nuevamente.

Sus pulmones podrían resistir más.

Pero se encontró un poco más allá con un obstáculo que no

esperaba, y que demostraba hasta qué punto era importante el terreno en que se estaba metiendo. Había una amplia red que cortaba completamente el paso submarino por el canal. Y no había duda de que aquella red, en caso de cortarse o tensarse en exceso, haría funcionar un sistema de alarma.

Kroner se sumergió hasta el fondo.

No veía prácticamente nada. Tenía que fiarse sólo del tacto y no dar a la red ni un solo tirón brusco.

Todo dependía ahora de su habilidad. Y de la resistencia de sus pulmones, que ya empezaban a notar los efectos de la prolongada inmersión.

Sus dedos notaron, al palpar el fondo, que quedaba un pequeño espacio entre el piso de cemento y la red. Con los depósitos de oxígeno no hubiera podido pasar, pero, en cambio, tan vez pudiese hacerlo con el cuerpo limpio.

Se flexionó todo lo que pudo.

Dio a su delgado y largo cuerpo una Suave torsión de pez.

Poniendo los cinco sentidos en cada gesto, sintiendo que sus pulmones estallaban ya, pasó suavemente por debajo de la red sin apenas moverla. No sonó ninguna alarma. Luego, Kroner ascendió verticalmente mientras sacaba el cuchillo.

Todo dependía de una cosa: de que él viera a los centinelas antes de que los centinelas le vieran a él.

Tragó aire ansiosamente.

Sus ojos vigilaron aquel panorama de sombras y de luces amarillas.

Y vio que había dejado a los centinelas un poco atrás. Los dos se volvieron instantáneamente al oír el pequeño chapoteo que él produjo al salir del agua.

Giraron sus rifles.

Pero Sonia había tenido la buena idea de emerger también en el mismo momento, antes de llegar a la red, haciendo todo el ruido posible. La consecuencia fue que, en cuestión de segundos, la atención de los dos guardianes hubo de distribuirse hacía dos sitios distintos.

Kroner había lanzado el cuchillo.

No falló.

El pesado mango de plomo hizo que aquel arma volara como

una auténtica bala. El centinela sufrió una sacudida al recibir el terrible impacto en el centro mismo del corazón.

Soltó el rifle.

No había tenido tiempo ni de llevar la derecha al gatillo.

El otro, en cambio, disponía de mayores ventajas. Estaba apuntando a Sonia, que no llevaba ningún arma.

De todos modos, al ver caer a su compañero, comprendió que el más peligroso era el otro. Se volvió hacia Kroner mientras se echaba el rifle a la cara.

Kroner se hundió en el agua.

Las dos balas casi seguidas pasaron junto a él. Las detonaciones parecieron multiplicarse por mil, en el recinto cerrado.

Era lo peor que podía suceder.

Aquello sembraría la alarma.

Pero los pocos segundos los había aprovechado Sonia de una manera magistral. Mientras el centinela se volvía hacia Kroner, ella saltó fuera del agua y se proyectó contra su enemigo con la agilidad y la contundencia de una auténtica campeona del *ring*. El centinela se estrelló de cabeza contra la pared.

Un golpe del antebrazo contra la nuca lo dejó sin sentido.

La chica había sido tan rápida y certera que el propio Kroner no acababa de creerlo.

Pero no les quedaba tiempo para hacer comentarios, ahora. Kroner ató a su enemigo de tal modo que no representaría ningún obstáculo hasta que aquella misión terminase. Luego hizo una señal a la muchacha porque necesitaban salir cuanto antes de allí.

Quizá los disparos habían sido escuchados. No precisamente desde los embarcaderos exteriores, sino desde los tres ascensores que se hallaban al fondo, y en alguno de los cuales era muy posible que se encontrase algún nuevo guardián.

Kroner desenfundó su pistola con silenciador. Sabía que ahora iba a necesitarla.

La muchacha barbotó:

—¡Un ascensor baja!

En efecto, la lucecita indicaba que estaba descendiendo ya. Y en aquel ascensor podían ir varios hombres armados.

A Sonia le temblaban los labios. Por primera vez empezaba a fallarle el valor.

Barbotó:

—¿Qué hacemos...?

—No hay más remedio que esperar. Esperar a que se abra la puerta, y entonces...

La puerta se abrió.

Del interior salió un hombre con una metralleta.

Pero salió de una forma muy extraña.

Como si brincase.

Como si le empujaran desde dentro.

Los ojos de Kroner se dilataron de asombro una vez más al ver que aquel tipo tenía una espantosa mancha de sangre en el pecho. No era más que un cadáver.

Y detrás de él salió un tipo tan tranquilo. Un tipo que aún llevaba en la mano la pistola con el silenciador.

Kroner barbotó:

—¡Por todos los infiernos! ¡Inspector Barklay!

CAPÍTULO XII

Barklay lanzó un salivazo que llegó hasta las mismísimas aguas del embarcadero. Luego se miró la bragueta por si la llevaba bien abrochada (solía suceder todo lo contrario) y, al fin, clavó sus ojos socarrones en Kroner.

—¿Qué tal, muchacho?

—¡Maldita sea, inspector! ¿Qué hace aquí?

—Ya lo ves: sacarte de un buen lío. Ese buitres había oído los disparos desde arriba. Menos mal que yo estaba al quite y le he dado la jubilación anticipada.

—¿Pero cómo ha podido llegar?

—Una inspección rutinaria. He venido con el cuento de que a un traficante de drogas se le había encontrado un pasaporte con el nombre de un empleado de esta casa. Me han demostrado que estaba equivocado y que yo no era más que un bestia, cosa que ya sabía sin necesidad de que me lo dijeren. Pero me he podido hacer el remolón y estar en el sitio oportuno en el momento que hacía falta.

—¿No sospechan nada?

—De momento no. Green que he tomado el ascensor para salir por la puerta principal. Supongo que debe haber un control y se extrañarán al no verme salir, pero aún cuento con unos minutos.

De pronto los ojos de Barklay se fijaron en Sonia.

Empezaron a mirar curvas.

Y curvas.

Fingió que se desmayaba.

Y se agarró a ella. Fue Kroner el que tuvo que sujetarle en el último momento.

—¡Eh, Barklay! ¡No puede perder el tiempo ahora en contar el perímetro que tiene de popa!

—Iba a contar primero lo de proa, muchacho. Yo siempre

empiezo por delante. ¿Pero de dónde ha salido «eso»?

—Es largo de contar. Lo único que le anticipo es que trata de ayudarme, y que si estoy vivo es gracias a ella.

—Y a mí, muchacho, y a mí... Pero supongo que esa muchacha necesitará vestirse con algo... Está más helada que un pez.

—¿Hay ropa?

—En el primer piso hay unos vestuarios con prendas deportivas de todas clases. Supongo que se instalará algo así como una tienda. Podéis elegir. Supongo que aunque ella se vista de hombre, no va a perder las curvas por eso.

Mientras subían en el ascensor, Sonia murmuró:

—No entiendo nada... ¡Absolutamente nada! ¡O Kroner no es un traficante de drogas o usted es un policía *ful*!

—Nena, a mí me han llamado muchas cosas, desde marrano hasta invertido —esto lo dijo muy tranquilo Barklay—, pero policía *ful* no me lo han llamado nunca. ¡Si huelo a policía auténtico que apesto! En cambio, el *ful* es Kroner. Kroner jamás ha traficado en drogas, aunque haya pasado cuatro años entre rejas por eso. El traficante, el «rey» de la costa del Pacífico es su hermano.

—¿Y... dónde está su hermano?

—En una cárcel casi absolutamente secreta del estado de Iowa —explicó Barklay, mientras el ascensor se detenía—. Lo que hemos hecho con él durante cuatro años es, en cierto modo, ilegal, aunque está condenado legalmente. La cuestión es ésta: cuando Kroner, el auténtico, cayó en Nueva York hace cuatro años, le procesamos y le dimos todas las facilidades para que se tapase la cara. No permitimos la entrada de fotografías en la sala. El no quería ninguna publicidad, pero con eso nos ayudó. Encajaba perfectamente en nuestros planes.

—¿Qué planes?

Barklay abrió la puerta del ascensor.

Salieron los tres.

Estaban en una gran nave vacía de la que había procedido, sin duda, el vigilante que Barklay despachó. La nave tenía armarios junto a las paredes, cada uno de los cuales, sin duda, llegaría a corresponder a un socio. Aún no había banquillos ni muebles auxiliares. Sólo una mesa con una gran cantidad de ropa deportiva, completamente nueva, por ordenar.

—Aquí encontraréis algo a vuestra medida —dijo Barklay—. ¿Qué contaba? ¡Ah, cuerno! Sí... Cada vez tengo peor memoria... Estaba diciendo que, cuando el auténtico Kroner fue condenado, lo llevamos en secreto a una prisión de Iowa, tan alejada, que ni teléfono tiene. Sólo se comunica por radio. Nadie sabía que estaba allí el mayor traficante de Estados Unidos. En cambio, atrapamos a su hermano, que se había comprometido a colaborar con nosotros con la única condición de que diéramos al preso, pasados los años, una oportunidad de regeneración. Kroner, el que está delante de tus ojos, era ya entonces uno de los mejores agentes federales con que contaba el Gobierno. Lo enchironamos y ha pasado cuatro años allí como el auténtico Kroner. Se ha preparado durante cuatro malditos años para una misión suicida que sólo iba a durar cuatro días.

Mientras se secaba con una camisa y se probaba unos pantalones deportivos, la muchacha susurró:

—Pero..., ¿y la gente que le conocía? ¿No ha ido a visitarle en todo ese tiempo?

—No lo hemos permitido. Ni siquiera a sus abogados. Hemos dicho que Kroner no quería.

—Sin embargo... ¡Al saber que salía, algún viejo amigo pudo venir a visitarle desde California!

—Los hemos enchironado a todos —murmuró Barklay, con la mayor tranquilidad—. Con pretextos ilegales, claro. Pero durante unos días se estarán quietos en la jaula haciendo «pío, pío», y acordándose de la madre del juez.

—¿Y la gente de Nueva York? ¿No le conocen?

—Los de la Mafia no le habían visto más que de lejos hace cuatro años, y ahora necesitaban, para poder liquidarle, una foto suya. Eso hizo que organizáramos un plan. Guardamos las fichas del auténtico Kroner, que estaba en Nueva York y en California, pero nos «descuidamos» con una de ellas, una en la que habíamos puesto la foto y las huellas dactilares de su hermano. Estábamos seguros de que la Mafia pagaría a algún policía desleal para obtener fotocopia de esa ficha, como así ha sido. Al mismo tiempo, yo enseñé en bastantes sitios, haciéndome el despistado, una radio-foto del Kroner-policía que acababa de recibir, y que según mis palabras correspondía al Kroner-traficante. Sabía también que vendrían a por mí, tratando de quitármela, para estar seguros de que coincidía con

la otra. Infiltramos a un «asesino» pagado por nosotros en el grupo de acción de la Mafia que había de eliminarme y robarme la foto. Ese «asesino» sabía que tenía que atizarme justo donde yo llevara un mazo de naipes, encima del corazón. Y os juro que el golpe fue como para convencer a cualquiera. Desde aquel instante, al robarme la foto, no tuvieron la menor duda de cuál era la facha de Kroner.

Contempló con admiración lo bien que le sentaban las ropas nuevas a la chica. Kroner también se estaba cambiando, ya que le hubiera sido muy difícil moverse por allí con equipo de submarinista.

—La misión de este hombre es «sencilla» —continuó el inspector, señalando al joven—. Puesto que la Maña se la tiene jurada al creer que trata de chafarles el mercado en la costa atlántica, él se encargará de chafar a la Mafia. Por una vez no tendremos que molestarnos en buscarlos, que es lo más difícil de nuestro trabajo. Por primera vez, los gerifaltes de la Mafia están ante un enemigo tan temible que se quitarán la careta y vendrán a buscarle como lobos hambrientos. Es una misión suicida, pero que hasta ahora da buenos resultados. Por lo pronto, va sabemos lo que nunca habíamos sabido: que por encima de Bulber hay alguien. Y que ese alguien es el millonario Patton...

Sonia miró hacia arriba. Hacia el techo.

Como si pudiera ver a través de él, la inmensa mole del rascacielos que tenían encima. Había que llegar hasta el último piso. ¡Dios santo...! ¿Pero cómo?

—Los ascensores están controlados a partir de aquí —murmuró Barklay, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Habrá que hacer algo para que cese la vigilancia.

—¿Algo? ¿Qué?

—Kroner y yo maquinamos anoche una idea —susurró—. Lo que pasa es que yo tenía que intervenir desde fuera, no desde aquí.

—¿Qué idea?

Barklay murmuró:

—Murciélagos.

—No le entiendo —musitó Sonia—. Le juro que no entiendo una sola palabra...

Barklay le encajó bien los pantalones en las caderas, porque la muchacha no los llevaba bien puestos. Y se entretuvo tanto en el

gesto que por poco se le duermen los dedos.

—Ahora es de noche, ¿no? —dijo—. Y los murciélagos salen de noche, ¿no? Pues ahí está la clave. El ejército tiene amaestrados una serie de murciélagos para la guerra. Ya los tenía antes de 1945, cuando la bomba atómica obligó a capitular al Japón. La idea era lanzar nubes de murciélagos bien entrenados desde un portaaviones. A los animales se les dirige por medio de una serie de reflejos de luz y de vibraciones. Llevan entre las patas cada uno un cartucho incendiario que hace explosión en cuanto se posan.

—Pero..., ¡pero eso es horrible!

—Cierto... A los murciélagos no les esperaba lo que se dice una jubilación muy divertida. Pero estaban bien entrenados para caso de guerra, y la guerra tiene sus exigencias. También se entrenan focas y delfines (*Tales preparativos parecen ser exactos. Las fosas entrenadas se utilizan para detectar submarinos de los que pasan bajo los hielos del Polo y que prácticamente no se pueden detectar por medio del radar. En cuanto a los delfines, se dice que una manada de ellos, con explosivos adosados a sus cuerpos, pueden destruir cualquier lancha rápida u otra embarcación ligera*). El caso fue que los murciélagos tenían que originar incendios terribles en las casas japonesas, aunque la bomba atómica hizo innecesarios sus «servicios».

Sonia estaba paralizara por el asombro.

Tuvo que hacer un violento esfuerzo para susurrar:

—Y eso... ¿es lo que tratan de emplear ahora?

—El ejército nos ha dejado un par de centenares de esos animales, los cuales llevamos en un coche especial. Los dirigiremos hacia las ventanas del rascacielos que estén abiertas y se organizará un incendio de mil pares de demonios cornudos. Todo el mundo se volverá loco por unos momentos, y eso nos permitirá actuar.

—¿Van a hacer eso ahora? —barbotó Sonia.

—Dentro de unos minutos. Ah... Y de momento bloquearemos las carreteras por donde pueden llegar los bomberos... Como a esta hora no hay empleados en el rascacielos, sino sólo guardianes, no se puede temer ninguna catástrofe.

Kroner ya se había vestido.

Acopló bien el silenciador a la pistola.

Y susurró:

—¿Por dónde va a salir, Barklay?

—Lo haré por la puerta principal, como si tal cosa. Justamente me están esperando allí, de modo que daré cualquier excusa sobre mi retraso.

Y se dirigió tranquilamente hacia los ascensores que no llevaban al embarcadero.

Iba a abrir la puerta de uno de ellos, cuando Kroner murmuró:

—Eh, oiga, inspector.

—¿Qué hay?

—¿Cómo sigue mi hermano? ¿Qué tal le sigue sentando el clima de Iowa?

Barklay tragó saliva, bruscamente.

Intentó sonreír.

Le salió una sonrisita de conejo, pero el otro no notó nada.

—Le sienta muy bien —murmuró—. Todo sigue sin novedad, muchacho. Lo que se dice como una seda.

Y salió a toda prisa de allí.

Necesitaba largarse cuanto antes. Temía que su vos le hubiera traicionado.

¿Por qué iba a decirle a Kroner la verdad? ¿Por qué contarle precisamente ahora que su hermano había conseguido huir y le buscaba para arrancarle la piel a tiras?

CAPÍTULO XIII

Kroner sabía que los ascensores estarían tan vigilados como una zona fronteriza. Subir por las paredes hasta el último piso también era imposible, de modo que en el plan trazado con Barklay la noche anterior tenían su única posibilidad. El incendio originaría tal confusión entre los que protegían a Patton, que durante unos minutos no sabrían qué hacer. Tampoco podrían defenderse ni con balas ni con nada, de aquellas nubes de murciélagos que vendrían misteriosamente desde el fondo de la noche.

Durante unos minutos, aquello sería la Torre de Babel.

Y justamente esos minutos tendrían que aprovecharlos al máximo.

Miró a Sonia cuando hubo desaparecido Barklay.

—Te ruego que te quedes aquí —musitó—. Ahora ya sabes más cosas de las que deberías saber, pero tu vida sigue corriendo un grave peligro. Me temo que la fiesta de verdad va a empezar ahora. Por eso me harás mejor servicio si vigilas esta zona.

—¿Y tú...?

—Yo trataré de subir.

—Necesitarás ayuda, Kroner.

—La mejor ayuda es cubrirme la retirada.

Sonia comprendió que a él no le faltaba la razón.

Ni Barklay ni sus hombres podrían volver a entrar, de modo que Kroner no contaría con ningún apoyo. Si sus enemigos pensaban que estaba solo en el edificio, no se preocuparían de vigilar más. Y ella podría cubrirle eficazmente la retirada.

—Creo que tienes razón —murmuró—, pero me falta un arma.

—Puedes descender al embarcadero. Toma la metralleta del hombre que ha matado Barklay. ¿Sabes manejarla?

—No creo que sea tan difícil...

—Hay que asegurarse de que el cargador está bien encajado y

tirar una sola vez del cerrojo, hacia atrás. Lo demás lo hace el gatillo él solito.

—No... no temas. Lo haré bien.

—Gracias, Sonia. Me has prestado una ayuda inapreciable y que no esperaba.

Ella se acercó.

A pesar de las ropas masculinas seguía teniendo unas curvas sinuosas, la muy condenada.

Demasiado. Hasta podría marear a un hombre como Kroner.

¡Pero qué flexibles eran! ¡Qué juveniles! ¡Qué bien puestas!

Que... Que... Que... ¡En fin, basta!

—Te deseo suerte —musitó ella.

Y se puso de puntitas sobre sus pies.

También era alta como Eva.

También quería besar.

Pero necesitaba ponerse de puntitas para llegar a los labios de Kroner.

Éste sintió el roce cálido de aquel beso.

Y hubiera correspondido con entusiasmo.

Le hubiera devuelto la caricia con intereses. Y con prima. Y con un manoteo de espanto, en fin, para que nos entendamos todos.

Pero ahora no podía. Solamente susurró:

—Es curioso: En esta misión donde sólo esperaba encontrar la muerte, ya me han besado dos chicas.

—¿Quién fue la otra?

—Estaba en el Merriman. Era la hermana de una chica drogada. La hermana de una ahijada del auténtico Kroner.

—¿Y tú no la conocías?

—No, claro que no. Llevaba muchos años sin ver a mi hermano y, naturalmente, no conocía a sus amistades. Por suerte, la chica tampoco conocía al verdadero Kroner y no creo que aquel momento pensara ni siquiera en eso.

—¿Cómo se llamaba?

—Eva.

—¿Te besó... bien?

Palpitaba como una secreta ansiedad en los labios de Sonia.

Un ansia de vivir.

De conocer intensamente el amor, ahora que el odio y la muerte

estaban tan cerca.

Kroner susurró:

—Sí. Me besó bien.

—La muy guarra...

Y Sonia le besó de nuevo.

¡Y de qué modo!

—La muy guarra... —volvió a decir.

—Nena, te estás portando peor que ella.

—Es que yo también soy...

—¿Igual que la otra...?

—Cuando quiero, sí.

Kroner bajó las manos poco a poco por los brazos mórbidos de la muchacha. Tuvo la sensación de que el tiempo no existía.

Estúpida sensación, desde luego.

Porque inmediatamente empezaron a oír gritos y disparos en los pisos superiores.

Kroner tensó sus músculos.

¡No cabía duda de que el incendio acababa de empezar...!

¡Los murciélagos se habían lanzado al ataque!

Y los murciélagos eran más importantes que las mujeres.
Lástima...

CAPÍTULO XIV

Era este momento el que tenía que aprovechar a toda costa si quería conseguir algo. De modo que soltó a Sonia y tomó uno de los ascensores que llevaban a la cúspide del rascacielos, mientras la muchacha tomaba otro —de diferente color— de entre los que llevaban a la planta baja, para adueñarse de la metralleta.

El ascensor que tomó Kroner era de modelo ultrarrápido.

Los disparos y los gritos arreciaban más cuanto más se aproximaba a las alturas. No había duda de que los pistoleros de la Mafia estaban disparando granizadas de balas contra los murciélagos, aun a costa de armar un escándalo que atraería a la policía. Pero no iban a conseguir nada. A los murciélagos incendiarios sólo debían verlos cuando ya los tenían materialmente encima.

Muchos muebles debían estar ya despidiendo llamas.

Las cortinas también.

Sin embargo, Kroner no se hizo demasiadas ilusiones acerca de la vigilancia. Habría, al menos, un hombre para supervisar todo ascensor que se acercara a la cúspide, y ese hombre no se habría distraído.

Kroner se equivocó.

No era un hombre.

Eran dos.

Cuando el ascensor se detuvo en el último piso, él no permaneció en pie junto a la puerta. Se puso en cuclillas, dispuesto a saltar, mientras preparaba la pistola.

La puerta se abrió de golpe.

Una rociada de balas bañó el interior.

Era una recepción por todo lo alto, una recepción con plomo perfumado y con música.

Los dos pistoleros se dieron cuenta demasiado tarde de que el

hombre a quien dedicaban tan cariñosos saludos estaba casi pegado al suelo del ascensor y a un lado de la puerta. Volvieron sus armas hacia él, pero Kroner ya había dado un salto felino.

Disparó, mientras volaba por los aires. Uno de los pistoleros resbaló sobre la pared, como si de repente quisiera abrazarla, y dejó marcada en ella una extraña línea de sangre.

El otro se lanzó a tierra, cosa que consiguió con más rapidez de la que hubiera deseado. Porque cuando llegó a tocar las baldosas de mármol estaba ya muerto.

Kroner miró en torno suyo.

Ahora tenía que obrar con una rapidez diabólica si quería salir vivo de allí. Cada segundo contaba.

Vio que estaba en el último piso, en la residencia secreta de Patton. Todo allí era lujoso, casi faraónico. Kroner no recordaba haber visto jamás tantas obras de arte juntas, tanta riqueza acumulada y... y tantos sistemas de alarma. Porque apenas hubo puesto los pies en el pasillo, una serie de timbres se pusieron a sonar enloquecedoramente.

Había células fotoeléctricas por todas partes. Nadie podía entrar allí sin ser inmediatamente localizado.

Claro que eso ya importaba poco. Kroner tenía otros motivos para saber que estaba allí, aparte de aquellos timbres.

Se oían gritos y disparos por todas partes.

Los murciélagos se concentraban, al parecer, en el otro lado del enorme piso, obligando también a concentrarse allí a todos los defensores del recinto sagrado de Patton. Guiado por el estruendo, Kroner se acercó a aquella zona.

Entreabrió una puerta.

Dentro empezaba a rugir un mar de llamas. Los murciélagos entraban por las dos únicas ventanas abiertas, con un alud incontenible. Cada uno de ellos llevaba sujeta a las patas una pequeña carga incendiaria de apenas unos gramos de peso.

Pero era bastante.

Apenas rozaban con algo —y una vez dentro de la habitación tenían que chocar a la fuerza— cada uno de ellos se convertía en una especie de chorro de fuego.

La escena era alucinante.

Parecía una pesadilla desarrollada en el mismísimo infierno.

El rascacielos en sí no corría peligro, puesto que la policía vigilaba a distancia y controlaría el incendio cuando conviniese. Pero los hombres de Patton estaban enloquecidos y no se daban cuenta de que, aparte el peligro de los murciélagos, otro peligro mucho más terrible acababa de presentarse a su espalda.

Kroner.

Kroner el profesional del gatillo que estaba dispuesto a llegar hasta el fin.

Claro que también estaba dispuesto a llegar hasta el fin alguien más que acababa de penetrar en el edificio.

Alguien que se había deslizado en solitario por el Hudson, empleando bajo las sombras de la noche una piragua pintada de negro.

El auténtico Kroner.

El Rey de las Drogas de la costa del Pacífico.

El hermano del policía, el huido de un penal secreto de Iowa para hacer una sola cosa...

¡Matar!

CAPÍTULO XV

El Rey de las Drogas vestía enteramente de negro y llevaba las armas con las que llegó clandestinamente a Nueva York: una pistola con un cargador doble y una granada de mano. La granada de mano era lo primero que pensaba emplear, cuando las cosas se pusieran un poco difíciles.

Penetró con la piragua en el embarcadero subterráneo, donde esperaba tener el primer encuentro sangriento. Porque no le cabía duda de que Patton mantenía allí una vigilancia férrea.

Pero tuvo la sorpresa de ver que los hombres que hubieran debido proteger aquello estaban muertos. Y tampoco encontró a Sonia, porque Sonia, después de hacerse cargo de la metralleta, había subido al primer piso, dispuesta a cubrir la retirada.

El Rey de las Drogas, un poco desorientado, miró en torno suyo. Pero estaba claro que alguien había pasado antes por allí, sembrando la muerte. Y él aprovecharía aquella circunstancia.

Miró los silenciosos ascensores.

Como no conocía el sistema de los mismos, se introdujo en uno de ellos. Comprobó entonces que aquél no llegaba hasta el último piso, sino hasta un poco más arriba de la mitad del edificio.

El juego de ascensores estaba muy bien controlado.

No todos llegaban hasta el sancta sanctorum desde el que Patton había dirigido todo el tráfico de drogas en la costa del Atlántico.

El hombre vestido de negro pulsó el botón más alto del ascensor en que acababa de entrar. Y cuando la cabina se detuvo, al final del trayecto, él se pegó a la pared con la granada de mano dispuesta.

La puerta se abrió de golpe.

La boca de una metralleta apareció por el hueco.

Había vigilancia en todos los terminales de los ascensores, y eso Kroner ya lo sospechaba. Por tal motivo llevaba preparada la bomba de mano.

La hizo pasar instantáneamente por el hueco de la puerta, al nivel del suelo.

El hombre de la metralleta ni siquiera se dio cuenta de lo que ocurría. No llegó a abrir la puerta del todo.

La explosión le hizo pedazos. El hombre que estaba tras él también lanzó un alarido, al ser alcanzado por la metralleta.

El Rey de las Drogas rió silenciosamente.

La propia y sólida puerta del ascensor le había protegido a él de la metralla. Empuñó la pistola y salió. Vio los dos cadáveres y, más allá, los pasillos desiertos.

Buen panorama.

Sobre todo, por los dos muertos.

Al Kroner que se había fugado de Iowa, le gustaban esas perspectivas.

Con una suave sonrisa flotando en sus labios, se dirigió a uno de los ascensores que llevaban a la última planta.

CAPÍTULO XVI

Kroner, el policía que había pasado cuatro años en la cárcel para tratar de deshacer en cuatro días el tráfico de drogas, no se entretuvo demasiado tiempo presenciando la dantesca escena que se desarrollaba ante sus ojos. No había venido allí para ver el incendio, sino para actuar. Y además los pistoleros que estaban encerrados allí dentro se habían dado cuenta de que alguien acababa de abrir la puerta.

Todo fue tan rápido que a un espectador le hubiera costado describirlo. Sucedió como en un parpadeo. Dos de los granujas se volvieron instantáneamente, empuñando sus armas.

Apenas pudieron distinguir a Kroner.

Kroner parecía envuelto en una serie de llamaradas rojas. Su pistola habló por él. Los dos hombres cayeron fulminados, mientras uno de ellos enviaba inútilmente, con sus últimas fuerzas, una ráfaga de metralleta al techo de la habitación.

Los otros también se volvieron.

Estaban armados hasta los dientes, pero Kroner fue más rápido. Tenía su trabajo bien aprendido y lo hizo a la perfección. El cargador quedó agotado mientras los hombres de Patton caían como peleles, entre el estruendo enloquecedor de los murciélagos que se convertían de pronto en feroces lenguas de fuego.

Toda la habitación ardía.

El incendio debía verse ya desde gran distancia. Era seguro que la policía no podría impedir ya por demasiado tiempo el paso a los bomberos, so pena de provocar una verdadera catástrofe. Por tanto a Kroner no le quedaban muchos minutos para terminar su tarea. Tenía que aprovecharlos.

Penetró en la habitación que ya estaba convertida en un mar de fuego. Y sacó a rastras a uno de sus enemigos, al que, intencionadamente, no había hecho más que herir.

Al cerrar la puerta, pareció como si salieran del infierno. Aunque se oían las explosiones, aquel pasillo era como un oasis.

Kroner levantó la cabeza de su enemigo, que tenía un balazo en el pecho. La herida era grave, pero seguramente podría sobrevivir.

—Quiero saber dónde está el despacho de Patton —murmuró—. Sólo tienes una posibilidad de vivir, amigo, y es no hacerme perder tiempo. Si no me dices dónde puedo encontrar a tu jefe, te llevo al otro lado de la puerta.

Los labios del herido temblaron espasmódicamente.

—¡No, eso no! ¡Es... es el infierno!

—Sólo tienes un sistema para escapar de él. ¿En qué lado de este piso puedo encontrar a Patton?

—El... él siempre está quieto.

—¿Dónde?

—Nunca sale de su despacho... No le gusta que le vean... Yo sólo le he distinguido dos veces de... de soslayo. ¡Siempre está allí! ¡Da sus órdenes desde una mesa! ¡Dirige su organización como un robot! ¡Lo repito! ¡No le gusta que le vean!

Kroner le zarandeó.

—¡No me importa que le guste o no le guste a ese perro! —barbotó—. ¡Sólo quiero encontrarlo! ¡Dime dónde!

—Al... al final del pasillo hay unas escaleras y una puerta de... de acero. Debe intentar abrirla...

Kroner tenía bastante.

Había hecho lo más difícil: llegar a unos pasos del *sancta sanctorum* de Patton, cosa que hasta entonces no había conseguido ningún agente de la ley.

Introdujo un nuevo cargador en su pistola y fue a seguir su camino. Pero apenas había terminado aquel gesto, cuando oyó aquel leve chirrido a su espalda. Saltó hacia la pared y se arrojó al suelo, mientras disparaba rabiosamente por debajo del codo.

Un segundo más tarde y habría estado listo.

El herido acababa de sacar una chata «Browning» de su funda axilar. Tiró dos veces y logró rosar a Kroner pese al instantáneo movimiento de éste.

Si Kroner llega a tener menos reflejos, lo dejan seco.

Porque no era sólo el herido, el que hacía fuego contra él. Por el pasillo avanzaban dos hombres más, uno de ellos provisto de un

rifle sin culata.

Kroner clavó una bala entre las dos cejas del herido, que era el que estaba más próximo y por tanto el que resultaba más peligroso. Luego alzó el arma mientras cambiaba de posición instantáneamente, dando dos vueltas sobre sí mismo.

Las balas del rifle mordieron las baldosas.

Kroner lanzó un grito de rabia.

Porque uno de los dos que se acercaban era..., ¡era Bulber! ¡Era el cabeza visible de la Mafia, aunque tenía por encima a Patton! ¡Bulber, el que había aniquilado la vida de Eva, la chica del Rochester Building! ¡El primero que la ultrajó! ¡El que había deshecho también la vida de miles de jóvenes más, distribuidos por todo el país!

Kroner sujetó la pistola con las dos manos para asegurar mejor la puntería. Disparó rabiosamente, mientras patinaba por las baldosas, ya mordidas por los impactos.

El hombre del rifle dio un salto hacia atrás.

Su arma salió despedida hacia lo alto.

Mientras tanto, Bulber había alzado una «Star» del nueve corto. Sus facciones estaban congestionadas por la rabia. Intentó ser más rápido que Kroner.

¡Y esta vez lo consiguió!

Kroner había empleado unos segundos decisivos al encargarse del otro. No pudo evitar que la bala de Bulber le arañase la mano y le destrozase la pistola.

Bulber había intentado alcanzarle en la frente, pero la asombrosa movilidad de Kroner lo impidió. De todos modos, aun fallando, acababa de ganar la partida.

Kroner estaba desarmado.

¡Quedaba a su merced!

Las facciones de Bulber reflejaron un odio satánico. Se situó prácticamente encima de Kroner, apuntándole entre las dos cejas.

Kroner estaba en el suelo.

No pestañeó.

Miró la muerte cara a cara, con desprecio, con una mueca indefinible de desdén y de asco.

Pero era terrible acabar así.

¡A un paso del triunfo!

Cuatro años preparándose en la oscuridad de una celda. Docenas de peleas mortales para llegar hasta allí; hasta aquel maldito pasillo. Y de pronto..., ¡la oscuridad! ¡De pronto la muerte cuando al alcance de su mano ya tenía la victoria!

Bulber masculló:

—¡Escupiré sobre tu tumba cuando haya ganado el próximo millón, perro! ¡Muere!

Y fue a apretar el gatillo.

El dedo se cerró febrilmente.

Pero Kroner había hecho, en décimas de segundo, lo único que podía hacer. Un intento desesperado. ¡Había dado un puntapié, desde el suelo, a la puerta de la habitación en llamas! ¡Y la puerta acababa de abrirse a espaldas de Bulber!

Éste lanzó un alarido de horror.

Lo que acababa de ocurrir había sido satánico.

Como una llamarada del infierno.

Dos murciélagos enloquecidos se lanzaron por la abertura. Los dos chocaron contra la cabeza de Bulber.

¡Y las manos de Satán parecieron llegar hasta él!

¡Su propia cabeza se convirtió en un mar de llamas!

Kroner dio un salto.

Pese a que él había visto tantas cosas en la vida, aquello le produjo el efecto de una pesadilla.

Corrió hacia la puerta de acero que le habían indicado, tras apoderarse del rifle sin culata. Era una buena arma para lo que pensaba hacer, puesto que seguramente tendría que volar una cerradura.

En efecto, la puerta de acero era de seguridad. Necesitó nada menos que cinco balas para volar los sistemas de cierre.

Penetró en el despacho.

Y no pudo evitar una cierta emoción. Centenares de hombres trabajando durante años, removiéndole leyes y tiroteándose en las esquinas, no habían conseguido aquello. Estaba en el interior de uno de los corazones secretos de la Mafia. En uno de sus cerebros misteriosos: el que dirigía el tráfico de drogas en toda la costa del Atlántico.

Había grandes archivadores donde sin duda la policía bucearía con mucho gusto. Había magníficas mesas de nogal. Cuadros y

alfombras de precio. Y otra puerta al fondo.

Los ojos de Kroner se entrecerraron.

Distinguió algunos detalles y recordó por eso mismo la frase del pistolero herido: «A Patton sólo lo he visto de soslayo».

Porque Patton estaba allí.

Veía de espaldas su sillón rotatorio. Veía la parte superior de su cabeza.

La magnífica mesa de caoba.

Los dos cuadros de Bernard Buffet adornando las paredes.

Kroner avanzó como un gato.

Sabía que allí estaba la muerte.

Patton, sin duda, empuñaba Lin arma y esperaba girar en el último instante para encañonarle con ella. Pero iba listo. En el cargador del rifle aún quedaban balas, y Kroner no estaba dispuesto a ahorrarlas.

Puesto que había llegado hasta allí, no iba a vacilar en el último segundo.

Mataría.

¡Mataría cien veces si hacía falta!

Apoyó el cañón en la nuca de Patton.

—Más vale que te vuelvas, cerdo —masculló—. A un multimillonario como tú, que lo ha visto todo, le gustará también ver la muerte cara a cara.

Como el otro no se volvía, le hizo girar con el mismo cañón.

Imprimió un brusco movimiento al sillón rotatorio.

Y, de pronto, lanzó un grito.

Un grito de estupor. De ira. ¡Incluso de miedo!

Porque Kroner creía que lo había visto todo en la vida.

¡Pero aquello no!

¡No!

¡Era la primera vez que veía aquellos ojos sin órbitas! ¡Aquella piel apergaminada! ¡Aquella peluca que casi caía a un lado! ¡Aquellos labios sin carne!

¡Era la primera vez que veía un cadáver embalsamado todavía sentado tras su mesa!

CAPÍTULO XVII

El susurro a su espalda le hizo volverse. Fue un susurro casi suave, dulce. Fue..., ¿cómo explicarlo...? ¡Fue el susurro de la muerte vestida de mujer!

Kroner se volvió poco a poco.

Y antes de que sus ojos lo vieran, su mente ya lo había adivinado.

Tuvo como un escalofrío.

Y comprendió que ahora ya no había nada que hacer. Le estaban apuntando desde que entró en la pieza.

La voz, musitó:

—Más vale que lo sueltes, amor. Ese rifle tan feo ya no te servirá de nada.

Kroner lo dejó caer al suelo.

Fue como la caída de la losa que taparía su tumba.

Y se volvió poco a poco.

Con una leve sonrisa flotando en los labios. Una sonrisa que era casi de admiración, porque reconocía que esta vez alguien había sido más listo que él.

Evelyn, la muchacha a la que había conocido atada en el club Merriman le miraba con sus ojos color ámbar. Con sus ojos donde palpitaba una chispa de muerte.

Había en su derecha una «Luger» dispuesta a disparar.

—Sí, ya sé... —musitó—, tendrías que hacerme miles de preguntas, pero no va a quedar tiempo, amor. Vas a acompañar a mi padre, que lleva ahí mucho tiempo muerto... Porque yo soy la hija de Patton, la verdadera jefa de la organización, desde que él murió. Lo que ocurre es que entre Bulber y yo lo hicimos embalsamar sin sacarlo del rascacielos, a fin de que todo el mundo, incluida la policía, creyese que aún estaba vivo. Como mi padre jamás salía de aquí, a nadie le extrañó no verle. Y yo podía dirigir

la organización sin problemas, ya que nadie sospechaba de mí... Cuando me encontraste en el Merriman, yo me había hecho atar a propósito para que creyeses que era una víctima más y confiaras en mis palabras. De ese modo te di el nombre de Patton y te atraje hasta este lugar, donde estaba segura de que morirías... Era el único modo de librarme de un tipo como tú, que ya constituía una pesadilla. ¡Pero has logrado sobrevivir, maldito! Has logrado sobrevivir..., hasta ahora. Porque ha llegado tu hora final, Kroner. Vas a hacer compañía a mi padre en esa región donde se es feliz eternamente... ¡Tanto mejor para ti, amor! ¡Te deseo unas felices vacaciones en el infierno!

Iba a disparar. Sus ojos rezumaban odio. Kroner, con un brusco movimiento de su mano para detenerla, susurró:

—Pero..., ¿pero tú no eras la hermana de Eva, la muchacha ultrajada? ¿Cómo consentiste que tus propios esbirros hicieran eso con ella?

Evelyn sonrió secamente.

—Eva no era mi hermana, sino mi prima. No es lo mismo. Además apenas habíamos tenido relación. Mis hombres la deseaban y yo se la di. Empezaba por desearla ese viscoso de Bulber... ¿Qué importaba destrozar a una pequeña zorra como ella? Se la di... ¡Sí! ¡Les dije que hicieran lo que quisiesen con ella, ya que habían empezado por acostumbrarla a las drogas! Por otra parte, yo no sentía la menor simpatía hacia ella. Había sido apadrinada por tu hermano Kroner, que era amigo de su padre. Y Kroner era nuestro más peligroso rival... No creas que no me he dado cuenta del cambiazó, amor. Me ha costado, pero ahora lo sé. Y no me hagas perder más tiempo, cariño. Quiero ver la cara que tienes después de muerto...

Cerró el dedo sobre el gatillo.

Bueno, eso creyó.

Hasta la última décima de segundo, Evelyn pensó que había matado a Kroner.

Y hasta se fue satisfecha al otro barrio.

Como quien dice sin darse cuenta.

El hermano del joven Kroner, después de destrozarle la cabeza a balazos por la espalda, bajó la pistola poco a poco.

Sus ojos estaban terriblemente quietos.

Como los de un muerto.

Pero los tenía clavados en los de su hermano, el policía, con una fijeza febril, con una fijeza que obsesionaba.

Fue el policía quien susurró:

—Quizá..., no debiste haberla matado.

—¿No debí? ¿Y para qué crees que he venido? Me fugué porque quería rehacer mi imperio, pero una vez en Nueva York supe lo que habían hecho con la pobre Eva. Mi anhelo de venganza (porque quería que pagasen su traición al denunciarme, hace cuatro años) se multiplicó por mil. Y no he parado hasta ahora. He venido a aniquilarlos, muchacho. Desde que salí de Iowa sólo he pensado en matar...

El policía hundió la cabeza.

—¿Incluso a mí? ¿Incluso al hombre que, empleando tu personalidad, ha deshecho tu imperio?

—Incluso a ti, muchacho.

Y Kroner alzó poco a poco la pistola.

Sus ojos eran duros, casi inhumanos No pestañeaban.

Tampoco pestañeaban los ojos del hombre que iba a morir.

Sus facciones eran un bloque de acero, tan rígidas estaban.

Kroner apretó el gatillo.

Pero fue para destrozarse la cara ya muerta de Patton. Fue para deshacer aquel rostro que había odiado desde que le condenaron en Nueva York y lo sepultaron en Iowa.

Había llegado hasta allí, para disparar contra Patton.

Y lo hizo.

Luego soltó el arma.

Era un hombre derrotado. Ya no era el gran caído de las drogas en toda la costa del Pacífico. No era más que un hombre vencido que se había quedado sin energías una vez consumada su venganza. Un hombre para quien el gozne del destino había girado por última vez.

—Muchacho —susurró—, lo único que tengo a mi favor es que me entrego voluntariamente. Sé que esto es la cadena perpetua, pero no me quejo. La he buscado desde el día en que nací.

Soltó la pistola y le tendió las manos suavemente. Kroner, el policía, sintió que una cosa muy amarga quedaba como clavada en su garganta.

—No..., no llevo esposas —murmuró.

—Entonces acompáñame por el brazo. Como en otros tiempos, ¿recuerdas? Como en la época en que yo todavía podía haber sido un hombre de bien. Vamos, muchacho..., ¿a qué esperas? ¿Tan mal policía eres que no sabes ni acompañar a un cerdo que se rinde?

Kroner tomó suavemente por el brazo a su único hermano.

Lo sacó de allí.

Sentía aquella misma cosa amarga en la garganta, pero al mismo tiempo sabía que una nueva vida empezaba a nacer. Que Sonia le acompañaría al salir de aquel maldito infierno. Que todo podría ser distinto una hora después.

Su hermano musitó:

—¿No tienes un cigarrillo, maldito polizonte? Pero nada de mandanga, ¿eh? Nada de drogas. Simple tabacazo negro...

Y aspiró con deleite mientras el otro le daba fuego. Mientras por todas partes, llegando desde todos los rincones del aire, sonaban estremecedoras las sirenas de la policía.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

